

GERALD MURNANE

Traducción de Carles Andreu

minúscula



Las llanuras



LAS LLANURAS

Un joven cineasta llega a una ciudad del interior de Australia con la ambición de filmar la película definitiva sobre la región, un territorio sin límites conocidos situado en la vasta zona central del país; la película pretende revelar la auténtica naturaleza del paisaje de las llanuras. Mientras se documenta para escribir el guión va conociendo la cultura de la zona, las complejas rivalidades y teorías artísticas que dividieron a las llanuras en el pasado y las peculiares costumbres de los propietarios de las mansiones. Después de obtener el favor de uno de estos terratenientes, se instala en su casa, donde una inmensa biblioteca le ofrece una nueva perspectiva de investigación. A medida que avanza el relato, el libro se convierte, en palabras del escritor Murray Bail, en 'un espejismo de territorio, recuerdo, amor y literatura'. Las llanuras, publicado en 1982, es un clásico de la literatura australiana y una de las obras más celebradas y fascinantes del autor.

Título Original: *The Plains*
Traductor: Andreu, Carles
©1982, Murnane, Gerald
Editorial: Editorial Minúscula, S. L.
Colección: Paisajes narrados, 57
ISBN: 9788494145797
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: oleole, 02/05/2018

Gerald Murnane

Las llanuras

«Habíamos descubierto
una tierra preparada para acoger
de inmediato al hombre civilizado...»

Thomas Livingstone Mitchell

*Tres expediciones al interior
de la Australia Oriental*

{uno}

HACE veinte años llegué a las llanuras con los ojos bien abiertos, atento a cualquier elemento del paisaje que pareciera insinuar algún significado complejo más allá de las apariencias.

Mi viaje a las llanuras fue mucho menos arduo de cómo lo describí más tarde. Y ni siquiera puedo decir que en un momento dado me percatara de haber abandonado Australia. Pero sí recuerdo claramente una serie de días en los que el paisaje llano que me rodeaba me parecía cada vez más un lugar que solo yo era capaz de interpretar.

Las llanuras que atravesé durante aquellos días no eran todas ellas infinitamente parecidas. Unas veces me encontraba ante un valle grande y poco profundo, cubierto de árboles y ganado ocioso, surcado acaso por un arroyo. Otras veces, al final de una extensión de terreno nada prometedora, la carretera ascendía hasta lo que sin duda era una colina, y al rato veía ante mí otra llanura, plana y árida y abrumadora.

En la población de dimensiones considerables a la que llegué una tarde, la forma de hablar y el estilo en el vestir me convencieron de que había llegado lo bastante lejos. La gente del lugar no eran los típicos llaneros que esperaba encontrar en los remotos distritos centrales, pero me complacía saber que ante mí había más llanuras de las que había recorrido hasta entonces.

Entrada la noche, me coloqué ante una ventana de la tercera planta del hotel más grande de la ciudad, contemplando el paisaje oscuro que se extendía más allá del entramado regular de las farolas. Soplaba una brisa cálida procedente del norte. Incliné el torso hacia aquellas ráfagas constantes que se elevaban desde los kilómetros inmediatos de pradera. Con rostro sereno, me preparé para experimentar todo tipo de emociones intensas. Y susurré palabras dignas de un personaje de película en el momento en que descubre que ha hallado el lugar al que pertenece. A continuación me volví hacia la habitación y me senté ante

el escritorio que habían dispuesto especialmente para mí.

Había deshecho las maletas hacía ya unas horas. Ahora, sobre mi escritorio había un montón de carpetas llenas de papel carta, cajas de fichas y varios libros con notas numeradas entre las páginas. En lo alto del montón había un libro de contabilidad de tamaño medio, con una etiqueta en la que ponía:

EL INTERIOR

(guión)

CLAVE MAESTRA DEL CATÁLOGO DE

NOTAS DE REFERENCIA

Y MATERIAL DE INSPIRACIÓN

Saqué una carpeta voluminosa titulada *Ideas sueltas - Por catalogar y escribí:*

Nadie en este distrito sabe quién soy ni a qué he venido. Qué raro pensar que, de todos los habitantes de las llanuras que en estos momentos duermen (en sus inmensas casas blancas de madera con el tejado de metal rojo y gran des jardines áridos donde señorean los pimenteros, los árboles de fuego y las hileras de tamariscos), ninguno ha visto la perspectiva de las llanuras que estoy a punto de revelar.

Pasé el día siguiente recorriendo el laberinto de bares y salones que ocupaban la planta baja del hotel. Estuve toda la mañana sentado a solas en una cómoda butaca de piel, observando como las franjas de la intolerable luz del sol se filtraban por los márgenes de las persianas venecianas de las ventanas que daban a la calle principal. Era un día despejado de principios de verano y el intenso sol matutino se adentraba incluso en la cavernosa galería del hotel.

De vez en cuandoladeaba ligeramente la cabeza para colocarme bajo la ráfaga de aire más fresco que proyectaba un ventilador de techo, mientras observaba las gotas de transpiración que se formaban sobre el cristal de mi copa y pensaba en términos elogiosos en los extremos climáticos que azotaban las llanuras. Sin colinas ni montañas que la obstruyeran, en verano la luz del sol ocupaba aquellas vas tas extensiones de terreno del alba al anochecer. Y, en invierno, el viento y la lluvia barrían los grandes espacios abiertos sin apenas inmutarse ante los cobertizos de madera que debían ofrecer refugio a hombres y animales. Sabía que había en el mundo grandes llanuras que pasaban varios meses cubiertas de nieve, pero me alegraba de que ese no fuera el caso de mi propio distrito. Prefería mil veces poder ver durante todo el año la verdadera configuración del terreno en lugar de los falsos

montículos y recovecos que ofrecían otros elementos. En cualquier caso, me parecía que la nieve (que nunca había visto) estaba tan vinculada a las culturas europea y americana que no resultaba apropiada en mi parte del mundo.

Por la tarde me uní a uno de los grupos de hombres de las llanuras que iban entrando parsimoniosamente desde la calle principal y se sentaban en sus sitios de costumbre, a lo largo de las interminables barras. Elegí un grupo en el que parecía haber varios intelectuales y custodios de la historia y las tradiciones del distrito. Por su forma de vestir y su porte, me pareció poco probable que fueran pastores o ganaderos, aunque es posible que pasaran gran parte del tiempo al aire libre. Seguramente algunos de ellos eran los hijos menores de grandes familias terratenientes. (Todo el mundo en las llanuras debía su prosperidad a la tierra. Aquellas poblaciones, grandes o pequeñas, se mantenían a flote gracias a la riqueza interminable de los latifundios circundantes.) Todos vestían según el estilo de la clase cultivada, acomodada de las llanuras: pantalones grises, con la raya bien marcada, y camisas blancas, impecables, con alfiler de corbata y brazaletes a juego.

Estaba ansioso porque aquellos hombres me aceptaran y me sabía preparado para cualquier prueba a la que decidieran someterme. Sin embargo, dudaba que fuera a recurrir a alguna de las numerosas lecturas sobre las llanuras que tenía en mis estanterías. Citar obras literarias habría sido contrario al espíritu de la reunión, aunque, desde luego, aquellos hombres habrían leído cualquier libro que yo pudiera sacar a colación. Tal vez porque todavía se sentían rodeados por Australia, los habitantes de las llanuras preferían considerar sus lecturas como un ejercicio privado del que podían servirse en sus asuntos públicos, pero que no los eximía de su obligación de cultivar una tradición establecida.

Y sin embargo, ¿cuál era esa tradición? Escuchando a los hombres de las llanuras tuve la desconcertante sensación de que no estaban interesados en ninguna creencia común a la que apelar en última instancia: que se sentían incómodos si otro parecía dar por sentada alguna de sus observaciones sobre las llanuras en conjunto. Era como si cada uno de aquellos hombres prefiriera presentarse como un habitante solitario de una región que solo él era capaz de explicar. E incluso cuando uno de ellos se refería a su llanura particular, parecía elegir su vocabulario como si incluso las palabras más corrientes no se basaran en un conocimiento compartido, sino que tomaran su significado del

uso peculiar que él les daba.

Aquella primera tarde constaté que lo que ha dado en describirse como la arrogancia de los hombres de las llanuras no era más que su reticencia a admitir cualquier punto de encuentro entre ellos mismos y los demás. Se trataba de una actitud diametralmente opuesta (y los habitantes de las llanuras eran bien conscientes de ello) a la necesidad habitual entre los australianos de la época de subrayar todo lo que creían compartir con otras culturas. El llanero no solo aseguraría ignorar los hábitos de otras regiones, sino que incluso se mostraría adrede como alguien desinformado al respecto. Y, lo que más irritaba a los forasteros, antes fingiría no poseer ningún tipo de cultura distintiva que permitir que su tierra y sus costumbres se considerasen parte de una colectividad más grande, de modas o gustos contagiosos.

*

Seguía pasando muchas horas en el hotel, pero bebía con un grupo nuevo casi a diario. A pesar de todas mis notas, bocetos de planos y esbozos, todavía no tenía ni idea de qué iba a mostrar mi película. Esperaba que el empuje y la determinación me llegarían de forma repentina cuando me topara con un llanero cuyo aplomo absoluto pudiera deberse tan solo al hecho de haber terminado ese mismo día la última página de sus notas para una novela o una película que iba a rivalizar con la mía.

A aquellas alturas había empezado ya a hablar libremente ante los hombres de las llanuras con quienes me encontraba. Algunos querían oír mi historia antes de contarme la suya. Y yo estaba preparado. ¡Si ellos lo hubieran sabido! Había llegado allí dispuesto a pasar meses de estudio silencioso en las bibliotecas y galerías de arte de su ciudad para demostrar que no era ni un turista ni un simple curioso. Pero tras unos días en el hotel había concebido una historia que me resultaba bastante útil.

Les decía que estaba de viaje, lo que no era del todo mentira. No les contaba la ruta que había seguido para llegar hasta su ciudad, ni la dirección que pensaba tomar en cuanto me marchara. Ya lo descubrirían cuando se estrenara *El interior*. Entretanto, les daba a entender que había iniciado mi viaje en un rincón remoto de las llanuras. Y, tal como esperaba, nadie dudaba de ello, ni aseguraba conocer el distrito que yo había mencionado. Las llanuras eran tan vastas que a sus habitantes no les sorprendía descubrir que abarcaban

alguna región que nunca habían visto. Además, muchas partes del interior lejano eran objeto de disputa: ¿formaban parte de las llanuras o no? La verdadera extensión de las llanuras seguía siendo una cuestión controvertida.

Yo les contaba una historia casi desprovista de acontecimientos o proezas. Un forastero no habría sabido qué hacer con ella, pero los habitantes de las llanuras la entendían perfectamente. Era el tipo de historia que gustaba a sus novelistas, dramaturgos y poetas. Los lectores y espectadores de las llanuras no se dejaban impresionar por los arrebatos de pasión, los conflictos violentos o las calamidades repentinas. Sospechaban que los artistas que recurrían a acontecimientos de esa índole se habían dejado seducir por el fragor de las multitudes y la profusión de formas y superficies visibles en los paisajes en escorzo del mundo que había más allá de las llanuras. Los héroes de las gentes de aquellas tierras, en la vida lo mismo que en el arte, eran por ejemplo el hombre que cada tarde, durante treinta años, regresaba a una casa de lo más corriente, con un parterre pulcro bordeado por lánguidos arbustos, y al que la noche cerrada sorprendía tratando de determinar la ruta de viaje que podría haber seguido durante treinta años para terminar ni más ni menos que en ese mismo lugar; o el hombre que nunca había cogido la carretera que se alejaba de su granja aislada por temor a no reconocer su propia casa desde la lejana perspectiva a la que los demás estaban acostumbrados.

Algunos historiadores sugerían que el fenómeno de las llanuras en sí mismo era el responsable de las diferencias culturales entre los habitantes de aquellas regiones y los australianos en general. La exploración de las llanuras había sido el acontecimiento más relevante de su historia. Lo que al principio parecía un paisaje totalmente llano y monótono, terminó revelando un sinfín de sutiles variaciones y una abundancia de fauna silvestre furtiva. Intentando comprender y describir sus descubrimientos, los habitantes de las llanuras se habían vuelto inusualmente observadores, perspicaces y receptivos a las revelaciones graduales de significado. Las generaciones posteriores reaccionaban ante la vida y el arte con el mismo espíritu con el que sus antepasados se habían enfrentado a los kilómetros y kilómetros de prados que se perdían entre la bruma.

Veían el mundo en sí mismo como una llanura más dentro de una serie interminable.

Una tarde percibí una ligera tensión en el salón-bar que se había convertido en mi preferido. Algunos de mis compañeros hablaban en voz baja y otros lo hacían con una estridencia forzada, como si quisieran hacerse oír en un salón que había algo más lejos. Me di cuenta de que había llegado el momento de ponerme a prueba en tanto que hombre de las llanuras. Algunos de los grandes terratenientes habían acudido a la ciudad y varios de ellos se encontraban ya en ese mismo hotel.

Intenté disimular mi agitación y estudié atentamente a mis compañeros. La mayoría estaban ansiosos porque los llamaran al lejano salón interior para una breve entrevista con los hombres a quienes deseaban como patronos. Sin embargo, mis compañeros sabían que era posible que tuvieran que esperar hasta la puesta del sol o incluso la medianoche. Durante sus raras visitas, los hacendados no respetaban los horarios de los habitantes de la ciudad. Les gustaba resolver sus asuntos de negocios a primera hora de la mañana y después instalarse cómodamente en los salones de sus hoteles preferidos antes de la hora de comer. Permanecían allí tanto tiempo como deseaban, bebiendo exageradamente y pidiendo cosas de picar o platos cumplidos a intervalos impredecibles. Muchos se quedaban hasta la mañana o incluso la tarde del día siguiente, y nunca había más de un miembro del grupo dormitando en su sillón, mientras los demás hablaban en privado o entrevistaban a los aspirantes de la ciudad.

Siguiendo la costumbre, proporcioné mi nombre a través de uno de los hombres de la ciudad a los que llamaron primero. A continuación me dediqué a recopilar toda la información que pude sobre los hacendados de aquel lejano salón para tratar de averiguar cuál de ellos se prestaría a entregarme parte de su fortuna, y tal vez a su propia hija, a cambio de ver sus propiedades convertidas en el escenario de la película que iba a mostrar las llanuras al mundo.

Pasé la tarde bebiendo sin prisas y comprobando mi aspecto en cada espejo que encontraba. Mi único motivo de ansiedad era el pañuelo de seda de cachemira que asomaba por el cuello abierto de mi camisa blanca. Según todas las convenciones del buen vestir que conocía, un pañuelo en el cuello de un hombre lo distinguía como alguien rico, refinado, sensible y con mucho tiempo libre. Pero de pronto caí en la cuenta de que pocos llaneros llevaban pañuelo. Solo podía esperar que aquellos terratenientes vieran en mi atuendo el tipo de paradoja en la que se deleitaban los hombres más avisados de las llanuras. Vestía una prenda que formaba parte de la detestable cultura de las capitales, sí,

pero solo para distinguirme un poco de los demás aspirantes y para reivindicar que el estilo de las llanuras debía evitar incluso los gestos que se consideraban apropiados si estos amenazaban con convertirse en una simple moda.

Mientras me colocaba bien el pañuelo carmesí ante el espejo del baño, me tranquilicé un poco fijándome en los dos elegantes anillos que lucía en la mano izquierda. Ambos llevaban engarzada una piedra semipreciosa: una de un verdeazulado turbio y la otra de un amarillo apagado. No conocía el nombre de las piedras y los anillos habían sido elaborados en Melbourne —la ciudad que prefería olvidar—, pero había elegido aquellos colores por el significado especial que tenían para la gente de las llanuras.

Sabía algunas cosas del conflicto entre horizontinos y lebrunos, tal como se les conocía. Había comprado mis anillos a sabiendas de que los colores de las dos facciones ya no se utilizaban con espíritu partidista. Pero también tenía la esperanza de descubrir que incluso los hombres de las llanuras que lamentaban la animosidad de los enfrentamientos del pasado preferían a veces un color u otro. Después de enterarme de que el hábito era no lucir nunca uno de los colores a solas, sino siempre los dos, y a poder ser entrelazados, me había puesto los dos anillos en dedos distintos y ya no me los había vuelto a quitar.

Mi plan era presentarme ante los terratenientes como un hombre procedente del extremo más lejano de las llanuras. Era posible que se refirieran al hecho de que llevara los dos colores y que me preguntaran qué vestigios de la disputa se conservaban aún en mi remota tierra natal. Si lo hacían, les podía contar cualquiera de las historias que había oído acerca de la influencia persistente de la vieja controversia, pues ya entonces sabía que el conflicto original había sobrevivido en un sinfín de variantes populares. Casi cualquier enfrentamiento de puntos de vista opuestos que se produjera en un debate público o privado podía atribuirse a los horizontinos o a los lebrunos. Prácticamente cualquier dualidad a la que se viera expuesto un habitante de las llanuras resultaba más fácil de comprender si los dos extremos se asociaban con los dos colores, verdeazulado y oro viejo. Además, todo el mundo en las llanuras recordaba los Juegos de los Espantos y los Horrores de la infancia, que duraban un día entero: las persecuciones frenéticas por los prados y los precarios escondrijos entre la hierba alta.

Si los terratenientes querían hablar conmigo largo y tendido sobre *los colores* (el término moderno con el que se designaban las complejas rivalidades del siglo anterior), nada me impedía ofrecerles mi errática

interpretación del célebre conflicto. A última hora de la tarde yo ya no tenía tantas ganas de mostrarles mi gran afinidad con su forma de pensar. De repente me parecía igualmente importante dar muestra de mi capacidad imaginativa.

Entonces la puerta de la calle se abrió de par en par y de la cegadora claridad del sol entró un nuevo grupo de llaneros que, terminado ya el trabajo del día, se instalaron en la barra para retomar su tarea vital, consistente en coger unos días transcurridos sin pena ni gloria en un paisaje plano y darles forma de mito. No saber qué había de verificable en la historia de las llanuras o incluso en mi propia historia me provocó una súbita euforia. Tanto que empecé a preguntarme si los terratenientes preferirían que me presentara ante ellos como un hombre incapaz de interpretar las llanuras.

*

Después de pasar todo el día esperando en mi bar, me formé una idea de la arbitrariedad de los hacendados. Un hombre de la ciudad se había presentado ante ellos con un fajo de proyectos y muestras para una serie de volúmenes impresos a mano. Quería publicar por primera vez algunos de los numerosos diarios manuscritos y colecciones de cartas que se conservaban en las grandes mansiones. Algunos de los terratenientes se habían mostrado interesados, pero el hombre había sido demasiado cauto y conciliador respondiendo a sus preguntas. Les había asegurado que su editor les pediría consejo antes de incluir cualquier material susceptible de provocar un escándalo, pero eso no era lo que aquellos grandes hombres querían oír. No tenían nada que temer aunque los disparates de sus familias se supieran en todas las llanuras. En cuanto el editor empezó a hablar, todos ellos vieron ante los ojos sus archivos familiares publicados año tras año en caras encuadernaciones con su insignia estampada. Pero las palabras del proyectista, que hablaba de supresiones, ediciones y compendios, frenaron en sus mentes la expansión constante de sus colecciones de documentos en unas estanterías imaginarias. O eso, por lo menos, era lo que el tipo había deducido cuando más tarde me relató su fracaso. Había guardado sin decir nada sus modelos, muestras de papel y tipos de letra, y se había marchado de la sala mientras los hacendados todavía estaban intentando calcular, de forma en absoluto frívola, cuántas vidas se tardaría en reunir, leer y comprender, hasta el punto de poder luego juzgar su importancia, la vida de un hombre proclive (como sin duda lo eran todos ellos) a llenar cajones, baúles y

archivadores con cada documento, incluso la nota con los garabatos más insignificantes, remotamente relacionado con la vasta región desconocida donde pasaba la mayor parte de sus días y sus noches.

En cambio, uno de los hombres de la ciudad que había entrado en el salón interior después del editor, había regresado susurrando que tenía el futuro asegurado. Era un joven cuyos intereses especializados no le habían permitido hasta entonces ganarse la vida. Había estudiado la historia del mobiliario, los tejidos y el diseño de interior de las grandes mansiones de las llanuras. La mayor parte de su investigación la había llevado a cabo en museos y bibliotecas, pero recientemente había elaborado una teoría que solo podía corroborar visitando alguna mansión donde pudieran estudiarse los gustos y preferencias de varias generaciones bajo un mismo techo. Según me pareció entender, dicha teoría aseguraba que la primera generación de terratenientes de las llanuras había preferido diseños complejos y objetos ricamente ornamentados, que parecían contrastar con la simplicidad y la aridez del paisaje que rodeaba sus casas, mientras que las generaciones más recientes habían optado por una decoración más simple, al tiempo que carreteras, plantaciones y cercados iban marcando las llanuras. Sin embargo, este principio se veía siempre modificado por otros dos: en primer lugar, durante las épocas iniciales las casas presentaban un mobiliario más elaborado cuanto más cerca se encontraban del supuesto centro de las llanuras o, en otras palabras, cuanto más lejos estaban de los lugares natales costeros de los primeros moradores de las llanuras, mientras que en épocas más recientes se observaba justamente la tendencia contraria, es decir, que las casas más próximas al supuesto centro, antaño consideradas remotas, se tenían hoy por más cercanas a una fuente de influencia cultural ideal y presentaban una decoración menos suntuosa, mientras que las que se hallaban más cerca de los límites de las llanuras se ornamentaban con mayor profusión como para compensar la desolación que sus propietarios percibían no lejos de allí, en las tierras de más allá de las llanuras.

El joven expuso su teoría a los terratenientes poco después de la medianoche. La planteó en términos vacilantes y les advirtió que solo podría verificarse tras meses de investigación en grandes mansiones de cada distrito de las llanuras, pero los terratenientes se mostraron entusiasmados. Uno de ellos tomó la palabra y anunció que aquella teoría podía confirmar una sospecha que lo asaltaba cada vez que, por las noches, se paseaba a solas por las largas galerías y por algunos de los extensos pasillos de su propia mansión. En esos momentos lo

embargaba la críptica sensación de que el aspecto y la posición exacta de cada cuadro, cada estatua y cada arcón, así como la distribución de las colecciones de cubiertos y juegos de porcelana, e incluso las mariposas, conchas y flores secas expuestas en vitrinas polvorientas, obedecían a fuerzas de gran importancia. Los innumerables objetos de su casa le parecían apenas unos pocos puntos visibles de un gráfico invisible de una complejidad formidable. Si aquella sensación era particularmente poderosa, se fijaba en los motivos repetidos de la tapicería como si pudiera leer en ellos la historia de una sucesión de días o años muy anteriores a su época, o contemplaba el intrincado brillo de la araña del techo y creía ver en él la presencia de la luz del sol en los recuerdos de personas que él apenas guardaba en la memoria.

El mismo terrateniente empezó a describir otras influencias que percibía a altas horas de la noche, en las alas más remotas de su casa. A veces sentía la presencia constante de fuerzas que no habían logrado su cometido, de una historia que había estado a punto de hacerse realidad, y terminaba examinando los rincones en busca de las partes preferidas de los hijos no nacidos de matrimonios que no habían existido.

Pero los gritos de sus colegas lo silenciaron. Aquello no era lo que aquel joven, su astuto historiador cultural, tenía en mente. Escucharon mientras un segundo orador proponía un método que permitiría asignar primero un valor numérico a cada una de las influencias descritas por el joven para luego corregir (mediante lo que el orador denominó «algún tipo de escala proporcional») el predominio de los años prósperos sobre las épocas de vacas flacas y, finalmente, encontrar una fórmula que «permitiera llegar» (de nuevo palabras textuales) al estilo verdadero, esencial, de las llanuras, la sección áurea de todas las variaciones que se habían producido en diferentes lugares y épocas.

Mientras este hombre hablaba, otro había mandado traer papel cuadriculado y una caja de lapiceros de colores bien afilados. Respondió al último orador que su sección áurea no era más que una simple media y que el verdadero valor de la teoría de aquel joven no era que pudiera usarse para calcular un estilo tradicional cualquiera, sino que permitía a cada familia elaborar su propia gráfica y trazar todas las coordenadas culturales que dotaban su estilo de naturaleza propia. Entonces despejó la mesa y le pidió al joven que le echara una mano con su gráfica.

Las horas siguientes, según el joven me contó más tarde, fueron las más gratificantes de toda su vida. Con una sola excepción, todos los terratenientes pidieron papel y lápices, se sentaron entre ceniceros, vasos y botellas vacías, y empezaron a trazar las líneas de colores que

debían revelar armonías insospechadas bajo la aparente confusión de un siglo y medio de irreflexión y excentricidades. Pronto acordaron que cada color debía corresponderse con el mismo vector cultural en sus diagramas respectivos. Y sometieron todas sus desavenencias al arbitrio del joven. Aun así, obtuvieron una serie de patrones de una diversidad remarcable. Poco a poco, algunos hombres abandonaron sus cálculos y empezaron a componer versiones más simples y estilizadas de sus diseños, o a reducir los rasgos más destacados a motivos para emblemas. Hacía ya un buen rato que entre todos habían empezado a constatar un cambio gradual en la intensidad de sus colores cuando alguien salió al vestíbulo y regresó para anunciar que un amanecer despejado apuntaba sobre las llanuras.

Los hombres dejaron sus lápices, se sirvieron otra ronda y empezaron a ofrecer honorarios descabellados al joven a cambio de sus servicios como historiador especialista en estilos. Sin embargo, él se excusó y les confesó que, mientras estaban ocupados trazando sus diagramas, el único hombre que se había abstenido de hacerlo lo había contratado como historiador del diseño residente y asesor en cuestiones de gusto en su casa: un puesto vitalicio con un salario exageradamente generoso más una dotación anual para investigación privada y viajes.

Aquel terrateniente en particular no se había mostrado muy interesado en determinar las influencias que los gustos de su familia habían recibido durante los últimos años. Pero de pronto había visto la posibilidad de emplear a aquel joven para aislar y cuantificar todas las ideas preconcebidas y las teorías respetadas de nuestros días, todas las tradiciones y preferencias del pasado que habían sobrevivido, y todas las predicciones de cambios futuros en el valor de las creencias presentes; para otorgar la importancia debida a las leyendas familiares, las costumbres locales y cualquier otro elemento que distinguiera una casa de las demás; para poner de relieve la limitada influencia que caprichos y antojos tenían en las decisiones de la presente generación; y para obtener así una fórmula que el terrateniente y su familia pudieran utilizar para decidir qué pinturas, muebles, combinaciones cromáticas, servicios de mesa, estilos de encuadernación de libros, obras de jardinería ornamental o tipos de vestuario tenían más probabilidades de determinar un estándar de elegancia que otras familias deberían adoptar como una constante en sus propias formulaciones de la moda.

El joven terminó de relatar su historia y se marchó a su casa para despejarse. Yo desayuné apresuradamente y volví a pensar en los horizontinos y los lebrunos. El éxito del joven diseñador me había

animado a mostrarme audaz ante los terratenientes. Cuando ya parecía poco probable que fueran a llamarme antes de la hora de comer, volví ligeramente la mano con la que sujetaba la copa y me fijé en las dos piedras que lucía en los dedos. Todavía quedaba una bombilla eléctrica encendida en la pared que tenía a mis espaldas. La luz se refractaba a través de mi cerveza (la más oscura de las nueve variedades que se elaboraban en las llanuras) y formaba un halo difuso que parecía sofocar los matices más intensos de cada gema. Aunque sus colores esenciales persistían, el brillo de la cerveza rebajaba el contraste entre ellos.

Se me ocurrió presentarme ante los terratenientes como un hombre destinado a conciliar en mi propia vida o, mejor aún, en mi película todas las ideas enfrentadas que habían surgido de la vieja disputa entre los verdeazulado y los oro viejo. Como para alentar mi decisión, un clamor sonoro pero en absoluto indigno resonó en la sala distante donde los grandes hombres se disponían a iniciar el segundo día de sesión.

*

Había oído que, en un momento determinado de la disputa, en los patios traseros de algunas fincas se había llegado a proporcionar armas e instrucción militar a cuadrillas de hombres. Y no obstante, el asunto había empezado con un manifiesto expresado con gran moderación y firmado por un grupo de poetas y pintores semidesconocidos. Ni siquiera sabía de qué año era el manifiesto, solo que había aparecido durante una década en que los artistas de las llanuras habían decidido finalmente dejar de permitir que el término *australiano* se les aplicara a ellos y a sus obras. Eran los años en que los habitantes de las llanuras habían empezado a utilizar el concepto *Australia Exterior* para referirse a los márgenes estériles del continente. Pero si bien se trató de un período emocionante, fue también la época en que los hombres de las llanuras reconocieron que sus formas particulares de expresión eran apropiadas solo para sí mismos. A juzgar por lo que los forasteros llegarían jamás a saber de ellos, habría sido lo mismo que los poetas, músicos y pintores de las llanuras no hubieran existido nunca y que no hubiera sobrevivido ninguna cultura característica más allá de los anodinos confines exteriores de Australia.

En aquella época se formó un pequeño grupo alrededor de un poeta

cuya primera colección publicada llevaba el nombre de su poema más llamativo, *El horizonte, al fin y al cabo*. Si bien su poesía en sí nunca fue considerada poco original, el poeta y su grupo molestaron a muchos por el hecho de reunirse regularmente en un bar donde se servía cierto tipo de vino (la mayoría de hombres de las llanuras sentían una aversión congénita hacia aquella bebida) y porque hablaban de estética en voz demasiado alta. Se identificaban a sí mismos con una cinta azul y otra verde, ceñidas de modo que se solaparan. Posteriormente, después de mucho buscar, encontraron una tela teñida de un tono verdeazulado nada corriente, a partir de la cual cortaron cintas del famoso «tono del horizonte».

Lo que proponía originalmente este grupo se perdió casi por completo entre la confusión de doctrinas, preceptos y presuntas filosofías que se les atribuyeron más tarde, pero es probable que su deseo no fuera otro que provocar a los intelectuales de las llanuras para que definieran en términos metafísicos lo que hasta entonces solo se había expresado en un lenguaje emocional o sentimental. (Ese me parecía el mejor resumen de la situación que hubiera oído hasta aquel momento, aunque siempre me había costado mucho comprender qué era la metafísica.) Era evidente que sentían por las llanuras el mismo amor apasionado que artistas y poetas habían profesado tan a menudo. Y, no obstante, quienes leían sus poemas o contemplaban sus pinturas encontraban reflejados en ellos pocos lugares reales de

las llanuras. Los miembros del grupo parecían insistir en que lo que los conmovía de verdad, mucho más que las vastas praderas y la inmensidad del cielo, era aquella fina franja de bruma donde la tierra y el cielo se fundían en la más lejana distancia.

Naturalmente, muchos desafiaron a los miembros del grupo a explicarse más claramente, y ellos respondieron refiriéndose a aquella bruma verdeazulada como si fuera un paisaje en sí mismo: una llanura del futuro, tal vez, donde uno podía vivir una vida que existía solo en potencia en las llanuras, donde poetas y pintores no podían hacer más que escribir o pintar. Los críticos acusaron al grupo de renegar de las llanuras reales a cambio de un paisaje a todas luces ilusorio. El grupo replicó que aquella franja de bruma era tan parte de la llanura como cualquier otra combinación de tierra o de nubes, y aseguraron tener en alta consideración la tierra donde habían nacido precisamente porque parecía estar de manera perpetua rodeada por aquel velo verdeazulado que los alentaba a soñar en una llanura diferente. La mayoría de críticos

rechazaron dichos argumentos, que tacharon de obstinadamente evasivos, y a partir de aquel momento optaron por ignorar al grupo.

Pero la controversia se mantuvo viva, ya que poco después surgió otro grupo de artistas que parecían igualmente determinados a generar críticas. Dicho grupo exhibió una sala llena de cuadros con una nueva temática. La más impresionante de entre muchas obras similares, *Decadencia y caída del imperio de los pastos*, parecía a primera vista poco más que un estudio muy detallado de una pequeña parcela cubierta de hierba y vegetación autóctona: unos metros cuadrados que podían corresponder a cualquiera de las innumerables praderas de pastoreo de las llanuras. Sin embargo, entre los tallos pisoteados, las hojas raídas y las flores minúsculas y cortadas, los espectadores pronto empezaron a distinguir formas de cosas que no guardaban relación alguna con las llanuras.

Muchas de las formas parecían deliberadamente imprecisas, e incluso las representaciones más fieles de ruinas arquitectónicas o de artefactos abandonados no se correspondían con ningún estilo histórico conocido. Aun así, los críticos fueron capaces de señalar una serie de detalles que parecían componer una escena de una desolación grandiosa. Y a continuación, retrocediendo un paso, uno se hallaba de nuevo ante una pintura que representaba plantas y tierra. El mismo artista invitaba al espectador a buscar columnas destruidas y tapices que se agitaban en paredes desprovistas de techo, si bien en su único texto publicado sobre la obra (una breve declaración que intentó modificar en numerosas ocasiones a lo largo de los años) aseguraba haberse inspirado en su estudio sobre un pequeño marsupial. El animal había desaparecido de las zonas pobladas antes de que los habitantes de las llanuras pudieran asignarle un nombre común. El pintor había utilizado su impráctico nombre científico, pero a lo largo del debate alguien se había referido a él (erróneamente) como *liebre de las llanuras*, y el nombre se le había pegado.

El pintor había estudiado unos pocos pasajes de los diarios de los exploradores y los primeros naturalistas, y un único pellejo disecado en uno de los museos de las llanuras. Los observadores habían apuntado que el animal se tendía entre la hierba para esconderse. Los primeros pobladores les habían plantado cara audazmente y habían matado a palos cientos de esas bestias para utilizar sus pelajes, que de poco servían. En lugar de huir, el animal parecía confiar hasta las últimas consecuencias en su colorido, del mismo tono pajizo que predominaba en las hierbas de las llanuras.

Al pintor, según dijo, la terca estupidez de aquella especie casi olvidada le había parecido muy significativa. Todos los parientes cercanos del animal vivían en madrigueras, y también él podría haber utilizado sus poderosas garras para excavar los túneles espaciosos y recónditos que habían mantenido a las otras especies a salvo. Sin embargo, la liebre de las llanuras se había obstinado en fiar su seguridad a su árido entorno; a ver la hierba escasa de las llanuras como una fortaleza a prueba de intrusos.

El hombre que había realizado aquellas afirmaciones subrayaba que él no era un simple amante de la naturaleza que abogara por el regreso de una fauna salvaje ya desaparecida. Lo que quería era que las gentes de las llanuras vieran su paisaje con otros ojos; que recuperaran la promesa, incluso el misterio, de las llanuras tal como debían de haberle parecido a una criatura que no tenía dónde refugiarse. Él y sus colegas artistas los ayudarían en ese cometido. El grupo rechazaba de plano la supuesta atracción de la neblina distante y estaba comprometido a encontrar temas ambiciosos en el amarillo desvaído del lugar que los había visto nacer.

Pero esta postura no gozó de mejor recepción que el anterior manifiesto sobre un «arte del horizonte». Los primeros ataques contra los pintores los acusaron de inventar caprichosamente temas que no guardaban relación con el espíritu esencial de las llanuras. Otros críticos predijeron que el final de aquel grupo de pintores sería tan repentino como el del patético animal en el que tanto se inspiraban. Pero aun así los pintores empezaron a lucir sus cintas oro viejo y a debatir con los hombres del grupo verdeazulado.

La disputa podría haber quedado olvidada y relegada tan solo a los grupos en contienda, pero una vez más se convirtió en un asunto de interés general cuando un tercer grupo intentó dar a conocer sus propias ideas a expensas de las ideas de los verdeazulado y los oro viejo. Este tercer grupo elaboró una teoría del arte tan excéntrica que provocó la indignación incluso de los llaneros más pacíficos. Muchos profanos, en sus artículos de prensa, denunciaron que su teoría suponía una amenaza para el valioso tejido cultural de las llanuras. Y los verdeazulado y los oro viejo dejaron a un lado sus diferencias y se aliaron con sus antiguos críticos y con toda clase de artistas y escritores para condenar aquel nuevo dislate.

Al final desacreditaron la teoría argumentando simplemente que esta derivaba de ideas vigentes en la Australia Exterior. Los hombres de las llanuras no siempre se oponían a los préstamos y las importaciones,

pero en lo tocante a la cultura habían desarrollado una actitud de menosprecio hacia la aparente barbarie de sus vecinos de las ciudades costeras y de las cordilleras húmedas. Después de que las mentes más aguzadas de las llanuras convencieran al público de que aquel último grupo se inspiraba en una mezcla de las peores ideas foráneas, los miembros del grupo repudiado prefirieron cruzar la Great Dividing Range antes que tener que enfrentarse a la enemistad de los intelectuales de las llanuras al completo.

A continuación, como originalmente el grupo desacreditado se había servido de su teoría para atacar tanto a los verdeazulados como a los oro viejo, ambas facciones gozaron durante una temporada de gran parte de la buena disposición general hacia los artistas. Porque, tal como un comentarista recordó al público (en la prosa inflamada de la época), «Sus ideas pueden parecer tan inaceptables como en su día, pero hoy por lo menos sabemos que se inspiran fundamentalmente en nuestro incomparable paisaje y que, por lo tanto, están conectadas, aunque sea de forma difusa, a la gran tradición de nuestra mitología. Y lo que proponen parece del todo razonable en comparación con la ridícula falacia que recientemente hemos desterrado de nuestras llanuras: el especioso argumento de que el artista debe interesarse por la distribución de la riqueza material, los mecanismos de gobierno o la liberación de los hombres de las restricciones impuestas por la moralidad en nombre de un libertinaje universal camuflado de Libertad».

Sin embargo, como yo ya había descubierto investigando en libros prestados y conversando largamente en bares, el público pronto se había cansado de aquellas rencillas entre artistas. Durante muchos años las dos teorías enfrentadas solo habían interesado a un puñado de acérrimos que discutían encorvados sobre sus copas de vino agrio en bares recónditos o que arengaban al primero que pescaban en inauguraciones nocturnas celebradas en galerías de segunda.

Sin embargo, durante los años que algunos gustaban de llamar la Segunda Gran Era de la Exploración, surgieron dos grupos que adoptaron orgullosamente los nombres de horizontinos y lebrunos. Y los dos colores reaparecieron, no solo en los ojales de las americanas, sino en llamativas pancartas que encabezaban procesiones públicas y en banderines escritos a mano que colgaban sobre las puertas. Las disputas de aquella época poco tenían que ver con la poesía y la pintura. Los autoproclamados horizontinos se definían como hombres de acción y aseguraban ser llaneros auténticos, siempre dispuestos a hacer

retroceder los límites de los pastos hasta regiones que llevaban demasiado tiempo abandonadas. Los lebrunos, en cambio, se presentaban como hombres prácticos y contraponían sus planes realistas para la creación de asentamientos próximos con los desaforados proyectos de sus rivales, que pretendían poblar el desierto.

Treinta años más tarde aquellos colores estaban presentes casi exclusivamente en alfileres esmaltados que lucían de forma discreta agentes de la propiedad y pequeños empresarios. Se trataba de las insignias de los dos grandes partidos que capitalizaban los gobiernos locales. El verdeazulado era el color del Partido Progresista Mercantil, cuya política se basaba en la consolidación de nuevas industrias y la construcción de líneas ferroviarias que unieran las llanuras y las ciudades más importantes. El color dorado identificaba a la Liga de las Llanuras, cuyo eslogan era «Compre productos locales».

Los grandes terratenientes de la época se mantenían casi siempre al margen de la política. Sin embargo, se constató que al final de la temporada de polo, cuando se formaban dos combinados con jugadores pertenecientes a decenas de pequeñas asociaciones y ligas menores, el equipo que representaba a las Llanuras Centrales vestía siempre un uniforme de tono amarillento cuando se enfrentaba al combinado de las Llanuras Exteriores. El programa oficial describía el uniforme del equipo de las Llanuras Exteriores como «verdemar», aunque el mar se encontraba a ochocientos kilómetros de distancia.

Había oído a hombres que de niños habían formado parte de las multitudes que habían presenciado aquellos partidos de polo. Algunos de ellos, volviendo la vista atrás, recordaban palabras extrañas que demostraban que sus padres estaban al corriente de lo que se cocía. Sin embargo, mis informadores aseguraron que de niños no habían visto ninguna señal ominosa en aquel frenético choque de colores. Un verdeazulado podía desmarcarse y dirigirse en solitario hacia la portería contraria. Un puñado de jugadores dorados salían tras él, recortando distancias de forma constante, y si bien la posición de sus cuerpos — inclinados sobre las crines ondeantes— insinuaba una vaga amenaza, se trataba tan solo de un deporte, el juego tradicional de aquellas regiones, cuyos conceptos técnicos habían dado lugar a un sinfín de figuras retóricas en el dialecto de las llanuras.

Ahora, me contaron, eran conscientes de que aquellos años habían representado un intervalo de calma en las llanuras. Una y otra vez, la combinación de los colores de los jinetes parecía insinuar la aparición inmediata de un dibujo sobre el polvoriento terreno de juego. En el

cielo, las innumerables nubes de las llanuras esbozaban sus propios dibujos, inmensos pero igualmente variables. La nutrida multitud seguía el juego prácticamente sin abrir la boca (como suelen hacer las muchedumbres en las llanuras, donde el aire desierto apenas devuelve eco alguno e incluso al grito más potente puede seguirle un silencio súbito e inquietante). Los niños, por su parte, veían lo que más tarde recordarían simplemente como una sana rivalidad entre dos combinados que reunían a los mejores jinetes de las llanuras.

Los habitantes de las llanuras todavía se ofendían ante el término *sociedad secreta*, pero a mí me parecía el único nombre posible para aquellos dos movimientos misteriosos que habían proliferado durante años a través de las redes de los clubes de polo, y seguramente también entre los clubes ecuestres, ligas atléticas y asociaciones del rifle. Nunca se había identificado a los líderes. Los jinetes y tiradores que se entrenaban en rincones solitarios de fincas remotas solo veían a sus superiores inmediatos. Incluso los consejos que se reunían en salones con las paredes cubiertas de enseñas de seda (con diseños originales pero en los que siempre predominaba uno de los dos célebres colores) se desarrollaban sin ninguna muestra de deferencia aparente hacia los tres o cuatro que, entre ellos y en secreto, habían elegido a un líder.

Casi con toda certeza, ambas sociedades habían nacido con el mismo objetivo general: fomentar todo aquello que distinguiera las llanuras del resto de Australia. Y debieron pasar muchos años antes de que cualquiera de las dos se planteara una propuesta tan extrema como la independencia política absoluta de las llanuras. Pero inevitablemente los teóricos más audaces de ambos bandos fueron ganando influencia. La Hermandad de la Llanura Infinita centraba sus esfuerzos en convertir Australia en una Unión de Estados, con la sede de gobierno en el interior del continente y una cultura que surgiría de las llanuras y se derramaría hacia el exterior. En esa Australia los distritos costeros serían considerados simples zonas fronterizas donde las auténticas costumbres australianas se habían corrompido por el contacto con el Viejo Mundo. La Liga de las Regiones Interiores perseguía ni más ni menos que una República de las Llanuras independiente, con puestos fronterizos vigilados en cada carretera y en cada línea ferroviaria que atravesara la Great Dividan Rango.

Yo siempre había supuesto que los llaneros tenían que considerar una revuelta armada como algo degradante, y al oír por primera vez la historia de las llanuras me había mostrado incrédulo ante quienes hablaban de la existencia de ejércitos privados bajo la apariencia de

clubes de polo. Mis amigos de los bares no habían podido ofrecerme demasiadas pruebas al respecto, pero, en cualquier caso, sus relatos no terminaban en batallas campales. En el ambiente húmedo de un verano, los hombres habían empezado a murmurar que había llegado el momento. Fue una estación excepcionalmente prolija en tormentas, de modo que incluso aquellos vastos territorios parecían abrumados por una tensión indescriptible. Y entonces llegó el rumor de que las llanuras habían firmado la paz.

Quienes transmitieron el mensaje no supieron decir en qué biblioteca o sala de fumadores de qué casa se había tomado la decisión, pero todos aquellos que oyeron la noticia se percataron de que en alguna de las fincas de más abolengo algún ínclito llanero había perdido de vista una determinada imagen de las llanuras. Oyeron la noticia y volvieron a sus calladas rutinas, y tal vez percibieron en el ambiente la cristalina claridad del otoño que se acercaba.

Durante los años posteriores se produjeron feroces reyertas tras el gran partido anual de polo. Un hombre que había presenciado como su padre perdía un ojo un sábado por la tarde, me contó años más tarde que aquel era el único tipo de enfrentamiento del que los habitantes de las llanuras habrían sido capaces. Jamás había habido posibilidad alguna, me aseguró, de que un ejército de llaneros desfilara contra los forasteros bajo estandartes dorados o verdeazulados. Un terrateniente solitario, aislado en una sala repleta de libros, detrás de galerías frondosas y hectáreas de pastos, en el corazón de sus kilómetros de tierra silenciosa, había estado soñando en la llanura tal como debería haber sido. Había hablado con otros de su clase. Todo el boato de las sociedades secretas, las ediciones privadas de ensayos que resucitaban viejas disputas olvidadas, los planes acerca de campañas militares comunicados entre susurros... Todo ello había sido obra de hombres ilusos y solitarios. Hablaban de separar las llanuras de Australia cuando ellos mismos vivían aislados en sus fincas y sus pastos, a una distancia colosal del continente.

El hijo de aquel hombre pendenciero que había perdido un ojo me aseguró que en todas las batallas organizadas detrás de pabellones deportivos y en terrazas de hotel, los colores arrancados de las americanas de los hombres y estrujados entre puños sanguinolentos no representaban más que a las dos asociaciones deportivas, la de los Centrales y la de los Exteriores. Afirmó no saber nada acerca de otra historia que había oído, según la cual un tercer grupo se había dedicado a perturbar el gran partido anual y a inmiscuirse en el fragor de la

batalla, hasta que ocasionalmente los verdeazulados y los dorados se habían visto obligados a unir fuerzas contra ellos. Sin embargo, yo sabía que varias asociaciones locales se habían aliado brevemente para formar un combinado que llevaría el nombre de Australia Interior y vestiría uniformes rojos en honor a la salida o la puesta del sol, o tal vez a otra cosa que se sobreentendía.

Me preguntaba cuántos de aquellos deportistas semidesconocidos debían de haber sabido algo acerca del grupo de disidentes a quienes en su día habían expulsado de la Hermandad de la Llanura Infinita. Al parecer, Australia Interior había desaparecido con más celeridad todavía que las dos sociedades originales, pero por lo menos algunas publicaciones históricas se habían referido a ella. Al igual que la Hermandad de la que se habían escindido, los miembros de Australia Interior proponían que todo el continente conocido como Australia fuera un solo país con una sola cultura. Y, naturalmente, insistían en que dicha cultura debía ser la de las llanuras y no basarse en las espurias costumbres de las zonas costeras. Pero donde la Hermandad imaginaba un gobierno australiano dominado por los llaneros y con una política basada en convertir el continente en una gran llanura, Australia Interior se negaba a hablar del poder político, que consideraba un concepto completamente ilusorio.

De hecho, los miembros de Australia Interior estaban divididos. Los más recordados abogaban por lanzar una campaña militar fulgurante. No preveían una victoria, sino una derrota memorable ante un adversario mucho más numeroso. Habían convenido que, tras ser capturados, se comportarían como ciudadanos de un país verdadero, detenidos por un antipaís que encarnaba el contravalor de todos los atributos que definían la Australia Interior.

Una minoría (no más dos o tres personas, según algunas versiones) aseguraba que las llanuras nunca recibirían el trato que merecían hasta que el continente entonces conocido como Australia pasara a llamarse Australia Interior. No era necesario introducir ningún cambio en el aspecto ni las circunstancias de lo que hasta entonces se había denominado Australia. Los habitantes de las zonas costeras no tardarían en descubrir lo que los llaneros habían sabido desde siempre: que el término *país* suponía la existencia de determinados paisajes, influyentes pero raramente vistos, dentro del territorio en cuestión.

Y entonces, según contaban, poco antes del repentino colapso de las sociedades secretas, un hombre se había apartado de la minoría de Australia Interior y había adoptado la postura más extrema de todas.

Ese hombre había negado la existencia de un país llamado Australia. Existía, eso sí, cierta ficción legal que ocasionalmente los habitantes de las llanuras se veían obligados a observar, pero los límites de las verdaderas naciones estaban fijados en las almas de la gente. Y según las proyecciones de la geografía real, es decir, espiritual, era evidente que las llanuras no coincidían con ningún país pretendidamente llamado Australia. Así, los habitantes de las llanuras eran libres de obedecer a cualquier parlamento de estado o de la Commonwealth (como, naturalmente, siempre habían hecho), e incluso de participar en el Movimiento del Nuevo Estado, que en el pasado las sociedades secretas habían calificado de farsa. Era conveniente que los llaneros se presentaran como ciudadanos de aquel país inexistente. La alternativa pasaba por alterar un complejo de conceptos ilusorios en precario equilibrio y ver como una horda de exiliados de aquel país que nunca había existido se agolpaba en las fronteras de las llanuras.

*

Hacia la hora de comer, en el bar casi desierto, intenté recordar las notas que había tomado unos días antes, mientras leía un artículo académico publicado en una de las tres revistas de crítica y opinión que se editaban quincenalmente en las llanuras. Tenía las notas en mi habitación, pero no podía marcharme del bar: los terratenientes podían llamarme en cualquier momento. (Ni siquiera había tenido tiempo de afeitarme y ducharme, pero los aspirantes que recibían audiencia durante el segundo día siempre procuraban tener un aspecto demacrado y desaliñado. A los hacendados les gustaba pensar que, mientras ellos soportaban sin problemas una noche bebiendo, los aspirantes eran de constitución más débil.)

El autor del artículo sugería que todas las disputas entre facciones en relación con las llanuras eran síntomas de una polaridad básica en el temperamento de los llaneros. Cualquiera que hubiera vivido desde la infancia en una tierra llana debía soñar alternativamente con explorar dos paisajes: uno que era visible de continuo pero que resultaba del todo inaccesible, y otro siempre invisible aunque uno lo cruzara varias veces al día.

Lo que no conseguía recordar era la teoría que exponía el autor en los densos párrafos finales del artículo. Previamente había postulado la existencia de un paisaje donde los llaneros podrían resolver por fin los impulsos contradictorios que había suscitado su tierra natal. Después de comer, cuando había empezado de nuevo a beber a buen ritmo y las

cosas que me rodeaban iban recuperando su dinamismo, logré recordar una nota que había escrito en el margen del artículo: «Yo, como cineasta, estoy admirablemente preparado para explorar este paisaje y revelárselo a los demás.»

*

A última hora de la tarde había visto ya tal vez a una veintena de aspirantes que se dirigían uno a uno hacia el salón interior y luego volvían a salir, y me había fijado en que la mayoría eran diseñadores de emblemas y fundadores de religiones.

Antes de que los entrevistaran, los miembros de estos dos grupos se mostraban invariablemente tensos y ansiosos, atentos a no revelar ningún detalle sobre sus proyectos a sus rivales. A medida que iba pasando el rato me di cuenta de que pocos de esos aspirantes regresaban triunfantes del salón interior. La obsesión de los hacendados por los emblemas y las formas artísticas heráldicas propias de las llanuras era bien conocida, y aunque en las llanuras apenas se hablaba de religión, me constaba que también tenía partidarios acérrimos en casi cada mansión. Sin embargo, los aspirantes especializados en estos asuntos debían competir con expertos que contaban ya con el favor de los terratenientes.

Ninguna gran casa podría haber prescindido de sus asesores residentes de arte emblemático. Casi todas las familias cubrían cualquier nueva posición con los hijos y los sobrinos de sus protegidos más antiguos, convencidos de que sus tradiciones solo estaban a salvo en manos de personas que habían estado expuestas a ellas desde la infancia. E incluso cuando nombraban a un forastero, esperaban que este hubiera pasado ya unos años adquiriendo por cuenta propia un conocimiento detallado de la genealogía, la historia y las leyendas de la familia, y aquellas preferencias e inclinaciones que solo se revelaban en conversaciones íntimas a altas horas de la noche, o en entradas escritas precipitadamente en diarios que se guardaban en la mesita de noche, esbozos de cuadros que se colgaban tras alguna puerta y poemas manuscritos que su autor rompía en pedazos poco antes del amanecer. A veces sucedía que, cuando un puesto quedaba vacante, un lacayo o un tutor de estudios de la casa revelaba que, si se había avenido a pasar todos aquellos años realizando labores domésticas, había sido tan solo para poder aspirar a convertirse un día en creador de arte heráldico. Entonces los miembros de la familia comprendían el porqué del inusitado estado de alerta que habían observado en aquel hombre, sus

desafortunadas apariciones a horas inapropiadas en según qué salas de la casa, sus peticiones formales para pasar el poco tiempo libre del que disponía en la biblioteca, que se lo hubiera visto en prados lejanos de la finca recolectando plantas raras o que más tarde lo hubieran sorprendido en sus aposentos estudiando las hojas de esas plantas con una lupa que alguien había echado en falta en un cajón privado semanas atrás. Pero los diseñadores con talento eran tan valorados que si uno de esos hombres demostraba su valía, le concedían el puesto deseado y lo alababan por la iniciativa demostrada durante todos aquellos años de estudio furtivo.

Las grandes mansiones exhibían sus emblemas, blasones, libreas y colores de competición siempre que tenían ocasión de hacerlo. Familias que durante generaciones se habían burlado de cualquier demostración de riqueza o influencia llamaban la atención del visitante respecto al diseño de la cubertería y la mantelería, o los colores elegidos para pintar las pajareras e invernaderos de madera del exterior. Yo había leído una pequeña parte de la gran cantidad de comentarios eruditos publicados acerca de un asunto sobre el que se había alcanzado un elevado grado de refinamiento entre la gente de llanuras. Y recordaba también un ensayo de un filósofo poco reconocido que se ganaba parte del sustento escribiendo cada sábado en las páginas de un periódico en decadencia.

Ese autor afirmaba que, en el fondo, cada hombre es un viajero en un paisaje sin límites. Pero incluso los habitantes de las llanuras (que deberían haber aprendido a no temer la amplitud de horizontes) buscaban puntos de referencia e indicadores en el inquietante terreno del espíritu. Si un llanero sentía la necesidad de multiplicar la presencia de su monograma o de una nueva gama cromática de reciente elección en las llanuras visibles, lo hacía tan solo para marcar los límites del territorio que reconocía. Ese hombre, concluía el artículo, habría hecho mejor explorando lo que había más allá de unas ilusiones que podían representarse mediante una serie de formas y motivos simples.

Otros teóricos habían rebatido ese argumento afirmando que una preocupación por los emblemas era precisamente el tipo de exploración que reclamaba el filósofo. En ese sentido, al exhibir sus colores en las encuadernaciones de su biblioteca, el hombre de las llanuras afirmaba, tal vez de forma algo tosca, que las regiones íntimas que él conocía no tenían todavía un final visible.

Los terratenientes no tomaban parte en los debates eruditos sobre sus actividades. Era así no porque no compartieran el gusto por la

especulación intelectual, sino porque la práctica del arte heráldico ofrecía ya un recorrido suficiente para las mentes más activas. Numerosos hacendados colaboraban con los diseñadores a quienes habían encargado la misión de hallar un tema subyacente en la historia de la familia, algún motivo que se insinuara en la estructura geológica de sus fincas o algún ideograma basado en alguna especie de planta o animal endémico en su distrito.

Y mientras en las grandes mansiones todas esas tareas seguían adelante, los numerosos estudiantes y eruditos sin empleo que se dedicaban a este campo ampliaban sus conocimientos o perfeccionaban sus habilidades en bibliotecas públicas, museos y estudios alquilados, en los pantanos de la periferia y en las plantaciones de las haciendas, cuya vastedad y complejidad soñaban con reducir a una imagen estilizada sobre un campo sencillo.

Algunos de aquellos que esperaban a los grandes terratenientes en el bar del hotel me contaron que sus esperanzas se concentraban en intentar convencer a un hacendado en concreto de que el arte heráldico de su familia derivaba de una serie demasiado limitada de disciplinas. Uno de los aspirantes pretendía mostrar los resultados de sus investigaciones entomológicas y argumentar que los destellos metálicos y los prolongados rituales de una avispa que vivía en un hábitat restringido podrían corresponderse con algo que todavía no había encontrado expresión en el arte de una familia a cuyo mecenazgo aspiraba. Otro aspirante pretendía exhibir los hallazgos que había realizado tras años de estudios en meteorología, y confiaba en que uno de los terratenientes sabría apreciar la relevancia que tenía para su familia la actitud errática de cierto viento estacionario cuando se aproximaba a sus tierras.

Había otros que se presentaban ante los terratenientes sin otra recomendación que un plan para lucir de forma más generalizada los colores y emblemas ya adoptados por su familia. Oí hablar de un proyecto consistente en construir un sistema de acuarios de interior, con cada pecera habitada por peces de una sola especie. El conjunto se distribuiría de tal forma que, a través de diferentes gruesos de cristal diáfano e intervalos de agua ligeramente tintada, y de imágenes de agua turbia en cristales vagamente tintados, el espectador vería patrones multiformes con los dos colores relevantes. Un hombre había perfeccionado un proceso para incorporar tintes de lo más intensos en los más exquisitos productos de talabartería. Otro se refirió cautelosamente a un teatro decorado según las formas al uso, pero que

incluiría elencos de marionetas que representarían incluso a los personajes conmemorados por una rama frondosa o por una franja de color en un escudo de armas familiar.

Los aspirantes más reservados solo podían resultar útiles a algún terrateniente que amara a su vez los secretos. Había unos cuantos cabezas de familia que pasaban años trabajando en sus emblemas para luego ocultarlos de forma parcial o completa. Tal vez hablaban orgullosamente de ellos a unos pocos amigos, pero en el fondo se trataba de la apreciación solitaria de una armonía relajante, o de un contraste llamativo del que tan solo ellos podían ser del todo conscientes. Un aspirante que buscara apelar a esos hombres se presentaba ante ellos surtido de lentes y cristales misteriosamente tintados, que le permitían alterar o hacer desaparecer determinados colores; pigmentos sensibles a la luz del sol; lienzos, paños y rollos de seda de doble grueso.

Todos esos grupos de aspirantes tenían una justificación para aproximarse a un terrateniente que hiciera ya tiempo que se había decidido por los patrones y colores que representaban todo aquello que amaba. Pero también había una serie de aspirantes que no podían ofrecer más que un conocimiento vasto de su especialidad. Estos ofrecían cortésmente sus servicios a los terratenientes reunidos con la esperanza de que alguna de las grandes casas decidiera declarar «velado» su arte heráldico.

En mi época, la palabra ya tan solo se utilizaba en sentido figurado, pero años atrás aún se veían pasar carruajes con una cortinilla de terciopelo negro o morado que cubría los entrepaños pintados. Y al atardecer, cuando el cochero, incómodamente ataviado con su improvisado uniforme gris, guiaba los caballos hacia una amplia entrada, algunas de las ventanas reflejaban tan solo el color uniforme del cielo, pues tras ellas el mismo terciopelo oscuro impedía que se entreviera el tono de cualquier cristal de color.

A veces los diseñadores itinerantes se enteraban de la existencia de una velación cuando detectaban una vaga irritación o malestar entre los miembros de una gran familia u oían hablar de largas conferencias pronunciadas en recónditas bibliotecas en las que, posteriormente, los criados debían trabajar hasta la medianoche archivando libros y manuscritos que nadie había tocado en años hasta entonces. Sin embargo, la mayoría de velaciones se anunciaban con tan poca antelación que a menudo cogían por sorpresa incluso a los diseñadores vinculados a la casa en cuestión (que, de la noche a la mañana, se veían

abogados a cuestionar el valor de la obra de toda una vida).

Otras veces no se producía ningún anuncio público, más por impaciencia con los formalismos que por un deseo de ocultar el hecho. Pero cualquiera que visitara una mansión remota se percataba de las pruebas inmediatamente. Las astas de bandera desnudas sobre las pistas de tenis. Pintores trabajando en los pabellones adjuntos a los campos de polo. Operarios encaramados a altos andamios que retiraban fragmentos de cristal de las ventanas emplomadas y a continuación, a pesar de la urgencia de su cometido, se detenían un instante a contemplar una parte de las llanuras a través de aquel pedacito de color que en su día había formado parte de un símbolo de fama. En el interior de los edificios, los barnizadores pisaban las marañas de hilo que las costureras habían dejado atrás al eliminar de los tapices cualquier rastro de un emblema que antaño pareció formar parte inextricable de la tela. Y en alguna sala lejana y silenciosa, los orfebres, con ojos que las lentes sujetas bajo las cejas convertían en monstruosos, extraían de las reliquias familiares piedras preciosas cuyos diseños se consideraban de pronto indignos de ellas.

Esa era la débil esperanza que empujaba a los aspirantes menos preparados al salón interior del hotel: que justo en aquel momento alguno de los hacendados se encontrara poseído por la ligera locura que solo terminaría cuando todas sus posesiones estuvieran debidamente selladas, talladas, bordadas o pintadas con la prueba de que había sabido reinterpretar su vida.

Eso era lo que había descubierto hablando con los estudiantes de emblemas. En cambio, sabía que era preferible no preguntarles nada a los fundadores de religiones. Nunca había oído a ningún llanero que hablara seriamente de sus creencias religiosas. Como los australianos del distante litoral, los hombres de las llanuras solían encomendarse a la religión en tanto que fuerza del bien. Y, como en el litoral, quedaba todavía una minoría de familias que acudían al servicio del domingo, en las oscuras iglesias o catedrales católicas o protestantes, de aspecto incongruentemente europeo. Sin embargo, yo era consciente de que esas prácticas, lo mismo que los tópicos expresados en público, solo pretendían desviar la atención de las verdaderas religiones de las llanuras.

Estas florecían en sus formas más puras entre las familias que hacía ya tiempo que habían abandonado las iglesias tradicionales (y con ellas la memoria popular del Imperio Romano o la Inglaterra isabelina) y pasaban los domingos en actitud aparentemente ociosa, en cuartos

silenciosos de mansiones apartadas. No tenía noticia de ninguna secta que contara con más de tres o cuatro miembros, o cuyos preceptos pudieran ser codificados o incluso parafraseados por sus seguidores más elocuentes. Algunas personas me aseguraron que se practicaban complejos rituales y alabaron su eficacia. Y no obstante, quienes observaban a los sectarios un día tras otro, e incluso los espiaban en sus momentos más íntimos, no habían observado nada que un llanero no religioso no pudiera haber hecho y considerado como algo ordinario o incluso trivial.

El grupo que esperaba conmigo en el hotel, el de los llamados fundadores de religiones, desprendía ese mismo halo de misterio. Había algo en ellos que impresionaba, ciertamente, pero nada de lo que decían o hacían explicaba por qué los invitaban tan a menudo a las grandes mansiones. (Había oído que algunos de ellos incluso conseguían puestos permanentes. Ejercían durante breves períodos a cambio de un sueldo lucrativo, pero pronto perdían el favor de sus patronos y eran despedidos, o declaraban cumplida su tarea y dimitían.) Y un hombre de otra profesión que había tenido ocasión de presenciar como uno de ellos trataba de ganarse el favor de un grupo de terratenientes, aseguraba que aquel sacerdote de una creencia oscura se había limitado a animar a los grandes hombres a beber y conversar entre ellos mientras él los escuchaba.

En un momento dado incluso me había empezado a cuestionar la existencia de credos esotéricos en las llanuras, pero entonces alguien me había puesto en contacto con una serie de llaneros. Solo puedo explicar la impresión que causaron en mí diciendo que parecían saber lo que la mayoría de hombres solo suponen. En algún lugar entre las hierbas oscilantes de sus haciendas, o en las salas menos concurridas de sus laberínticos caseríos, habían descubierto la verdadera historia de sus vidas y habían vislumbrado al hombre que podrían haber sido.

Si alguna vez me asaltaba la envidia hacia la capacidad de aquellos llaneros por sacar tanta fuerza de sus religiones privadas, me encerraba en mi habitación de hotel, me sentaba con gesto serio y añadía notas a mi guión, como si eso formara parte de mi propia búsqueda religiosa, capaz de suscitar el interés de algún desconocido.

*

Me llamaron a la sala interior justo en el momento en que la

autoridad y la prodigalidad de los grandes terratenientes parecían haber alcanzado su punto álgido. En uno de los pasillos que conducían a su bar, miré por encima del hombro hacia una puerta distante. El montante que había encima de esta era un rectángulo diminuto de luz intensa que revelaba que las llanuras exteriores languidecían bajo el sol de media tarde. Pero era una tarde de la que los hacendados nada sabían. Ninguna de las historias que había oído me impresionó tanto como la despreocupación con la que aquellos hombres renunciaban a un día entero. Entré en su salón lleno de humo, cegado todavía por la visión de aquel fragmento de la luz del sol que ellos desdeñaban.

Mi única sorpresa fue ver una camilla en un rincón. Tal vez no todos eran gigantes legendarios. Un hombre yacía inmóvil sobre la lona, aunque solo la mano con la que se cubría los ojos con gesto incómodo sugería que el suyo tal vez no fuera un sueño plácido. Los demás estaban sentados muy erguidos en los taburetes de la barra. Uno de los hombres me sirvió casi media jarra de cerveza en un tarro de peltre con un extraño monograma grabado y me lo ofreció. Otro me acercó un taburete con el pie, pero transcurrió media hora antes de que alguien me dirigiera la palabra.

Eran seis en la barra, todos ellos ataviados con trajes de la tela discretamente estampada que yo llamaba *tweed*. Algunos de ellos se habían aflojado la corbata o se habían desabrochado el botón superior de la camisa, y había uno que llevaba los zapatos (de gruesas suelas de piel y empeines de color rojo oscuro cubiertos de elaboradas espirales y arcos de puntitos perforados) llamativamente desabrochados. Aun así, aquellos hombres conservaban un aplomo y una elegancia que me empujó a toquetearme el pañuelo y a hacer girar los anillos en los dedos.

En un primer instante creí que solo hablaban de mujeres, pero al rato me di cuenta de que había tres conversaciones distintas y de que cada una de ellas discurría por su lado. A veces había un tema que los ocupaba a todos, pero por lo general los hombres dividían su atención entre los tres debates, inclinándose por encima del hombre que tenían a su lado o abandonando su taburete durante un instante para discutir con alguien sentado más allá en la misma barra. También había largos intervalos en los que todos se divertían con alguna broma que a mí me había parecido irrelevante o enigmática. Todos estaban en un estado al que yo esperaba llegar con unos cuantos tarros de cerveza más. Habían perdido parte de su dignidad habitual; tal vez hablaban más enfáticamente de la cuenta, o gesticulaban con demasiada soltura. A

juzgar por mi propia experiencia con el alcohol, habían bebido tanto que volvían a estar sobrios.

Sabía que mientras estuvieran en aquel estado hallarían un significado inesperado prácticamente en cualquier objeto o hecho. Se sentían impelidos a repetir determinadas afirmaciones debido al tono de profundidad que parecían desprender. La historia de cada hombre adquiriría la unidad de una gran obra de arte, de tal modo que cuando hablaba acerca de su pasado se entretenía en los detalles más nimios, pues su significado derivaba del resto de la historia. Pero, por encima de todo, veían que tenían el futuro en la mano: lo único que tenían que hacer era recordar más tarde las nuevas percepciones que en aquel momento acababan de ofrecérseles. Y si con eso no bastaba, siempre les quedaría la perspectiva de otra mañana en que se adentrarían en una habitación protegida de la luz deslumbrante y empezarían a beber con profusión hasta que la desconcertante luminosidad del mundo quedara reducida a un horizonte resplandeciente, en el extremo opuesto de su crepúsculo privado.

Los terratenientes seguían hablando. Después de terminarme el segundo tarro de cerveza me sentí preparado para intervenir. Pero al parecer no tenían ninguna prisa por entrevistarme, y yo me guardé de mostrarme impaciente. Quería demostrar que me había adaptado a sus costumbres y que estaba preparado para dejarlo todo de lado y dedicar una hora o un día entero al pensamiento especulativo. Así pues, me quedé sentado, bebiendo, mientras trataba de seguir sus conversaciones.

1.^{ER} TERRATENIENTE: ...nuestra propia generación es demasiado extremista a la hora de determinar cómo debe ser el cutis ideal de una mujer. Ninguno de nosotros quiere que su mujer o su hija estén morenas a causa del sol. Pero ¿acaso soy perverso si prefiero una palidez que no sea inmaculada? Hablaré con franqueza. Toda mi vida he soñado en una distribución ideal de... me niego a utilizar una palabra tan banal como *pecas*. Deben tener un color delicado, dorado, y quiero verlas en un lugar apropiado. Que estén separadas pero que, si yo así lo deseo, formen una constelación. Dorado sobre un blanco absoluto.

2.^º TERRATENIENTE: ...y avutardas, claro está, y correteadoras de las llanuras, y codornices pintadas, y codornices pectorales, y el megaluro marrón, con sus extraños cantos. Y yo me pregunto...

3.^{ER} TERRATENIENTE: ...con nuestros mojones de piedras en cada ladera y placas junto a las carreteras y las inscripciones que aún se conservan en los troncos de los árboles. Pero olvidamos que a la mayoría de esos hombres no deberíamos llamarlos llaneros. Qué

obsesión con los exploradores. No me malinterpreten, por favor, es una tarea totalmente digna. Pero esa visión de las llanuras que todos perseguimos... Recordemos que es posible que los primeros exploradores no esperaran encontrar llanuras. Y luego muchos de ellos regresaron a sus puertos de mar. Desde luego se jactaron de lo que habían descubierto. Pero el hombre que yo quiero estudiar es el que vino al interior del país para constatar que las llanuras eran exactamente lo que él esperaba. Esa visión que todos perseguimos...

4.º TERRATENIENTE: (Se quita la chaqueta y se sube una manga por encima del codo. Clava la mirada en la piel de su brazo.) Debo admitir que, después de todos estos años, sé muy poco acerca de mi propia piel. Todos somos llaneros y afirmamos que cualquier elemento visible es un punto de referencia de algo situado más allá, pero ¿sabemos hacia dónde nos conducen nuestros cuerpos? Si me dedicara a elaborar mapas de la piel de todos nosotros... Naturalmente me refiero a proyecciones como las de Mercator. Si se las mostrara, ¿las reconocerían como propias? Podría incluso indicarles determinadas marcas como pueblos dispersos o pequeños bosques en las llanuras en los que nunca han pensado, pero ¿qué podrían contarme acerca de esos lugares?

1.ER TERRATENIENTE: Me refiero a mi ideal de mujer, no lo olviden; el único tipo de mujer al que cualquiera de nosotros se refiere jamás.

2.º TERRATENIENTE: Naturalmente pueden volar, y en las llanuras hay árboles suficientes. Pero hacen sus nidos en el suelo. Y la avutarda ni siquiera hace nido, tan solo araña la tierra, hace un hoyo en el suelo. Los argumentos sobre la evolución, los instintos y todas esas sandeces no me interesan. Toda la ciencia es puramente descriptiva. Lo que me preocupa es el porqué. ¿Por qué algunas aves se ocultan en el suelo cuando sus enemigos las amenazan? Tiene que ser una señal de algo. La próxima vez que vean un nido de avutarda, háganse esa pregunta. Échense al suelo e intenten ocultarse en la llanura, ya verán qué sucede.

5.º TERRATENIENTE: Porque ¿no creen que hemos descuidado a los primeros colonizadores, a los hombres que se quedaron en las tierras que exploraron?

3.ER TERRATENIENTE: Pero incluso después de años en las llanuras, es posible que recordaran otro tipo de paisaje, o el paisaje que esperaban encontrar si las llanuras no se hubieran extendido en apariencia hasta el infinito.

4.º TERRATENIENTE: Estoy intentando recordar los versos de «Un parasol al mediodía», una obra maestra que nunca ha recibido la

atención que merece, uno de los grandes poemas románticos que han surgido de las llanuras. Aquella escena en la que el llanero ve a la chica desde lejos, con los prados inundados por una bruma cálida. Y no se molesten en plantear la objeción de siempre: que la poesía de aquella época nos convirtió en una parodia de nosotros mismos, petrificados eternamente en la postura de hombres que miran en lontananza.

6.º TERRATENIENTE: Si mal no recuerdo, esa es la única escena del poema. Doscientas estrofas acerca de una mujer vista desde lejos. Aunque, naturalmente, los versos apenas la mencionan. Lo que importa es ese crepúsculo tan peculiar, la otra atmósfera bajo el parasol.

4.º TERRATENIENTE: A medida que se va acercando a ella vislumbra su aura, una esfera de aire luminoso, debajo del parasol, que es de seda, naturalmente, de un tono translúcido, amarillo pálido o verde. Él nunca llega a distinguir sus facciones bajo la luz y se plantea una serie de preguntas imposibles: ¿qué es más real, la potente luz exterior o el débil brillo que envuelve a la mujer?, ¿acaso el cielo no es también una especie de parasol?, ¿por qué asumimos que la naturaleza es más real que las cosas que nosotros creamos? Y, naturalmente, quiere saber por qué los hombres como él solo pueden poseer lo que encuentran en oscuras alcobas de biblioteca con ventanas orientadas al sur, hacia verandas profundas y entre frondosas sombras.

2.º TERRATENIENTE: ¿Cuánta protección nos ofrece la tierra? A nuestra manera, todos somos avutardas o codornices, y vemos las llanuras como no lo hace nadie más.

6.º TERRATENIENTE: A la luz de falsos soles que inspiran obras de arte / Dio siempre la espalda. Mas hay una tierra aparte, / ni la llanura de antaño ni aun ensueño seductor, / que siempre lo atrajo con su extraño fulgor. / Y la delicada seda a sus ojos trajo al vuelo / el resplandor extraño de otro cielo.

5.º TERRATENIENTE: El hecho es que los primeros colonizadores se quedaron aquí, seguramente porque las llanuras eran lo más parecido a las tierras que andaban buscando. Me cuesta creer que ni siquiera nuestras llanuras puedan corresponderse con exactitud con el paisaje que todos soñamos explorar. Y no obstante, creo que ese otro paisaje no es más que otra llanura; o, cuando menos, que hay que acceder a él a través de las llanuras que nos rodean.

3.^{ER} TERRATENIENTE: ¿Quién dijo en su día que las llanuras deberían contener todas las ciudades, montañas y playas que jamás podamos querer visitar? En su novela, toda Australia vivía en el centro

de una especie de llanura.

6.° TERRATENIENTE: El parasol es la pantalla que cada uno de nosotros desea interponer entre el mundo real y el objeto de su amor.

2.° TERRATENIENTE: Hablamos de las costumbres de las llanuras, pero todos pensamos en nuestras mujeres e hijas esperándonos en el corazón de una mansión con un centenar de habitaciones en penumbra. La mayoría de nuestros abuelos fueron concebidos en nidos como los de las codornices o las avutardas.

4.° TERRATENIENTE: Hemos pasado la mayor parte de nuestras vidas a la intemperie. Hemos visto las sombras de nubes enteras perderse en nuestros kilómetros de praderas. Pero todos recordamos, ¿no es cierto?, alguna tarde que pasamos en una terraza, con la luz del sol filtrándose a través de las hojas de parra, o en un salón donde las cortinas se mantienen cerradas desde principios de primavera hasta finales de otoño. Meses en que las llanuras parecían estar muy lejos, mientras nosotros pasábamos una tarde tras otra dentro de casa, contemplando satisfechos la palidez de un rostro determinado.

1.^{ER} TERRATENIENTE: Según los poetas, todos veneramos la piel clara. Pero desde luego tiene que haber otros motivos por los que no permitimos que nuestras mujeres e hijas lleven traje de baño. Sabemos que en verano la luz del sol puede cegar a una persona e impedirle ver las posibilidades que se extienden más allá las llanuras. ¿Y no es cierto que cuando vemos el aire turbulento arremolinarse como si fuera agua sobre nuestras tierras a mediodía, le damos la espalda porque nos recuerda la absurda confusión del océano? En los días más calurosos de febrero nos compadecemos de los pobres habitantes del litoral, que contemplan el peor de los desiertos desde sus tristes playas. Nos burlamos de las poses que adoptan junto a sus océanos y aseguramos no comprender su asombro ante la simple ausencia de tierra. En cambio, no hay nadie en las llanuras que no conozca esas casas donde las más cotizadas de sus mujeres pasan el día sentadas bajo unas lámparas, hasta que cada centímetro de su piel está bronceado. ¿Acaso alguno de los presentes no las visitado en alguna ocasión y ha fingido durante una hora que las llanuras no significaban nada para él?

5.° TERRATENIENTE: Ya conocen la historia del hombre que nació demasiado tarde para ser un explorador convencional. Sin embargo, insistía en que la exploración era la única tarea digna de un llanero. Entonces trazó un recuadro sobre su propiedad y pasó años elaborando los mapas más detallados del mismo. Bautizó cientos de elementos del terreno que ustedes y yo habríamos pisado sin verlos siquiera, y tomó

notas e hizo esbozos de plantas y pájaros como si nadie los hubiera visto antes. Finalmente, durante los últimos años de su vida, guardó sus notas y sus mapas bajo llave e invitó a todo aquel que lo deseara a explorar el mismo lugar que él y a describirlo por escrito. Al comparar las respectivas descripciones, las diferencias revelarían las cualidades distintivas de cada hombre: las únicas que podía reivindicar como propias.

3.^{ER} TERRATENIENTE: Pues yo creo que todos somos exploradores a nuestra manera, solo que la exploración es mucho más que simplemente poner nombres y describir. La tarea del explorador es postular la existencia de una tierra más allá de la tierra conocida. Que luego encuentre dicha tierra y traiga noticias de ella es lo de menos. De hecho, puede optar por perderse en ella y añadir otra más a la lista de tierras inexploradas.

4.º TERRATENIENTE: Pero los asiduos a esos lugares son sobre todo hombres jóvenes. Todos los que estamos hoy aquí recordamos todavía los sueños que nos asaltaban en los veranos más tórridos. Todo llanero ha dado la espalda en algún momento a los helechos o a la casa de verano, a la ropa blanca y los parasoles, para contemplar los vientos del norte. La costa siempre ha estado a ochocientos kilómetros de distancia, y la mayoría de nosotros sabíamos que posiblemente no la veríamos nunca. Pero nos decíamos que la picazón que sentíamos en la piel al mirar hacia el sur solo podrían aplacarla las brisas marinas o el agua salada. Y algunos incluso sosteníamos que la palidez de las mujeres con las que nos habíamos prometido en matrimonio nos resultaría todavía más atractiva después de haber gozado de aquellos vientres y muslos bronceados, cubiertos de una fina película de aceite a la que se pegaba la arena.

2.º TERRATENIENTE: Y tanto hablar de ser fieles a las llanuras... Hace años nos negamos a que nuestras hijas acudieran a las grandes escuelas próximas a la costa por temor a que las enviaran medio desnudas a jugar al *hockey* bajo el sol. Y sin embargo todos hemos visto la danza de apareamiento de la avutarda. Yo la he observado durante horas, tendido boca abajo sobre la hierba. Ningún otro pájaro alcanza tal estado de frenesí. Si fuéramos consecuentes con nuestros juramentos de fidelidad a las llanuras, ¿no saldríamos de nuestras oscuras casas y copularíamos sobre la hierba, sin más cobijo que la inmensidad del paisaje?

5.º TERRATENIENTE: Y sin embargo las llanuras ya han sido exploradas a fondo. Hace dos años contraté a un topógrafo y a un

historiador para que elaboraran un mapa de todas las franjas de territorio situadas entre los distritos poblados, todas las zonas de matorral y bosque de los terrenos de la Corona y todos los márgenes fluviales no cercados. Todos hemos visto estos sitios en los extremos más alejados de nuestras propiedades, pero pensamos en ellos tan solo como el telón de fondo de nuestros paisajes habituales. Cuando el mapa esté terminado, espero trazar la ruta de un viaje de más de mil quinientos kilómetros. Y cuando haga ese viaje quiero ver, aunque solo sea una vez y desde la distancia, algún indicio de la tierra que podría ser mía.

6.º TERRATENIENTE: Pero en las casas de más renombre siempre hubo chicas que velaban porque sus últimos centímetros de piel conservaran un blanco prístino. Naturalmente, uno nunca trataba de averiguar de antemano de qué chicas se trataba. Y así, a veces, mientras te regocijabas en la más absurda de las fantasías infantiles y te perdías en algún frenético ritual costero, justo en el momento en el que estabas a punto de poseer lo que fuera que te había empujado tan lejos de tu país, descubrías ni más ni menos que el color que habías traicionado.

3.ER TERRATENIENTE: Manda a tus topógrafos y planifica tus solitarios viajes, que pasarás la vida buscando el tipo de llanura equivocado. Cada mañana, después de desayunar, dedico diez minutos a pasear entre mi colección de la edad dorada de los paisajes. Cuando me aparto de una de las pinturas, cierro los ojos hasta encontrarme ante la siguiente. Al cabo de tantos años sé perfectamente cuántos pasos separan un cuadro de otro. Estoy intentando reconstruir una llanura donde no existe nada fuera de lo que los artistas afirman haber visto. Y un día, cuando haya unido todos esos paisajes en una gran llanura pintada, saldré en pos de un paisaje nuevo. Buscaré los lugares situados más allá de los horizontes pintados, los sitios que los artistas sabían que solo eran capaces de insinuar.

6.º TERRATENIENTE: Nuestros poetas de moda tan solo nos hablan de mujeres envueltas en seda, con el sol de fondo. Yo también los leo y sé que una figura distante, vestida toda de blanco, a la sombra de una mansión inmensa en el punto culminante de la tarde, puede dar sentido a cien kilómetros de pastos. Pero también quiero leer los poemas no publicados que sin duda se han escrito en habitaciones encaradas al sur. Quiero leer a esos poetas que saben que sus deseos pueden llevarlos lejos incluso de las tierras más vastas. Y no me refiero a esos necios que aparecen más o menos cada década y que nos animan a desatar nuestras pasiones y a hablar con franqueza ante nuestras mujeres. Seguro que

muchos hombres ya sabían, sin necesidad de abandonar su distrito en las llanuras, que su corazón contenía cada país al que podría haber viajado; que sus fantasías de arena abrasadora, aguas azules y desiertas y piel morena y desnuda no formaban parte de ninguna costa, sino de una región de su propia llanura infinita. ¿Qué descubrieron cada noche los poetas en esas casas palaciegas, con los pies hundidos en alfombras doradas del color de una arena improbable, bajo unos espejos que prolongaban los groseros matices de marinas enmarcadas? Cada semana, en los largos pasillos de la casa donde creía estar explorando el litoral, saludaba a varios poetas, pero ninguno de ellos ha publicado su historia. Y sin embargo solo la poesía puede describir lo que hacíamos en aquellas ciudades abrasadoras bajo cielos llenos de estrellas vibrantes. Todas aquellas chicas habían nacido en las llanuras. La mayoría sabían menos que nosotros sobre las costumbres del litoral, pero se avenían a adoptar las incómodas poses que les pedíamos. Se recostaban sobre la alfombra amarilla con sus floreados trajes de baño de dos piezas y cuando nuestros dedos trazaban largos y tortuosos viajes en su piel morena pensábamos estar escapando de las llanuras. Y al final, con un débil gemido, creíamos haber alcanzado algo de lo que solo gozaban los hombres del litoral. Pero un poeta habría sabido ver que ningún hombre de la costa ha tenido nunca el privilegio de considerar sus insignificantes placeres desde la perspectiva de las llanuras. Y había noches, como he dicho, en que descubríamos entre nuestros dedos la misma palidez que siempre se nos ocultaba en las llanuras. Entonces sospechábamos que se burlaban de nosotros, que incluso en aquella ficción de la costa, sobre la arena artificial y junto a las olas pintadas, nuestras mujeres conservaban algo de las llanuras en ellas.

2.° TERRATENIENTE: ¿Quién sabe qué ve una codorniz o una avutarda cuando observa lo que la rodea desde el corazón de su territorio? ¿O cuando se pavonea durante horas tratando de impresionar a su hembra? Los científicos han realizado experimentos que me dan que pensar. En una ocasión le cortaron la cabeza a una hembra y la clavaron a un palo, y un macho pasó toda una tarde bailando alrededor, esperando alguna reacción por su parte.

5.° TERRATENIENTE: Todo habitante de las llanuras sabe que debe encontrar su lugar. El hombre que se queda en su distrito natal desearía haber llegado allí tras un largo viaje. Y el hombre que viaja empieza a temer que nunca hallará un destino apropiado a su travesía. He pasado toda mi vida intentando ver el lugar que ocupo como el destino de un

viaje que nunca emprendí.

7.º TERRATENIENTE: (Saca las piernas por un lado de la camilla; se acerca a la barra a pasos largos y se sirve un vaso de whisky; empieza a hablar como si no se hubiera perdido ni un solo detalle de la conversación hasta ese momento.) Es posible que un hombre sepa cuál es su lugar y que aun así jamás intente llegar hasta él. Pero ¿qué piensa nuestro aspirante?

El hombre se volvió hacia mí, aunque evitó mis ojos. Los demás dejaron de hablar y volvieron a llenar sus copas. De algún lugar tras la puerta entreabierta, un potente rayo de luz penetró en la sala. Es posible que una serie de espejos distribuidos de forma aleatoria, y tal vez una ventanita cuya persiana a nadie se le había ocurrido cerrar, fueran el origen de aquella luz del atardecer que atravesaba los pasillos en penumbra. El rayo ambarino se posó en el suelo, entre los hombres, y algunos de ellos apartaron sus taburetes para dejarle sitio. Entonces me coloqué en el centro del bar y la luz desapareció. Pero mientras hablaba, de pie ante ellos, me sentí distinguido por la señal de la tarde en mi espalda.

Hablé en voz baja, mirando a menudo al séptimo hombre, que sacaba media cabeza a los demás y era también el más atento, aunque de vez en cuando se colocaba la mano sobre los ojos y adoptaba la misma pose que en la camilla. Les dije simplemente que estaba preparando un guión para una película cuyas escenas finales transcurrirían en las llanuras. Las escenas en cuestión aún no estaban escritas y cualquiera de los presentes podía ofrecer su finca como escenario. Sus pastos de lejanos horizontes, sus prados, avenidas y estanques, todos esos lugares podían ser el marco del desenlace de una obra cinematográfica. Y si el hombre en cuestión tenía una hija con ciertas calificaciones, estaría encantado de discutir mis últimas páginas con ella e incluso de contar con su colaboración para elaborarlas. Les hacía aquella oferta, dije, porque el final de mi historia dependía de un personaje femenino que debía parecer una verdadera joven de las llanuras.

Todos me escuchaban atentamente y en aquel instante su interés se avivó lo justo para darme a entender que la mayoría debían de tener hijas. Incluso me pareció identificar a aquellos hombres cuyas hijas se quejaban a menudo de que todos los paisajes que veían en las películas parecían terminar en lugares vastos y lejanos, pero nunca en llanuras como las suyas. Fue a aquellos hombres a quienes intenté ganarme cuando me jacté de que mi película mostraría incluso la textura de las

briznas de hierba en oscuras hondonadas y de las rocas cubiertas de musgo en inhóspitos afloramientos, en una llanura que cualquiera de ellos reconocería aunque ninguno hubiera visto más que unos pocos fragmentos de la misma.

Fijándome en los primeros seis hombres, recordé su conversación de la última hora. Les dije que todas sus preocupaciones particulares —los temas que habían descubierto en la historia de las llanuras o en sus propias vidas— aparecerían recogidas en mi película como una colección de imágenes simple pero elocuente. Pues también sabía que, cuandoquiera que me acercaba a una mujer, no había nada que deseara tanto como descubrir el secreto de una llanura particular. También yo había estudiado los hábitos de las aves y deseaba ocupar un territorio con límites y puntos de referencia invisibles para todos excepto para los pocos que eran como yo. Y también creía que cada hombre estaba llamado a ser un explorador. De hecho, mi película pretendía en cierto modo documentar un viaje de exploración.

Entonces me volví hacia el séptimo de los grandes terratenientes y declaré que, de todas las formas de arte, solo el cine podía mostrar los horizontes remotos de los sueños como un paisaje habitable y, al mismo tiempo, convertir paisajes familiares en un escenario indeterminado, apto solo para los sueños. Iría más lejos todavía, dije, y afirmarí que la película era la única forma artística capaz de satisfacer los impulsos contradictorios de los habitantes de las llanuras. El héroe de mi propia película descubría, en los límites más distantes de su conciencia, unas llanuras inexploradas. Y cuando buscaba en su interior aquello de lo que estaba más seguro, hallaba pocas cosas más inequívocas que las llanuras. La película era la historia de la búsqueda por parte de ese hombre de un territorio que tal vez existía más allá o más acá de todo lo que había visto. Seguramente lo llamaría —y esperaba que no sonara pretencioso— la Llanura Eterna.

El séptimo terrateniente dejó el vaso de golpe sobre la barra y me dio la espalda. Entonces volvió a la camilla y se echó. No dije nada más, aunque me pregunté si acababa de ofender justamente al hombre al que deseaba impresionar. Y entonces empezó a hablar.

Se había llevado una vez más la mano a la frente y su voz sonaba apagada. Yo esperaba que los otros seis se acercaran a la camilla para escucharlo, pero al parecer interpretaron que el otro se hubiera echado como una señal de que la larga sesión había terminado. Incluso los pocos que se tomaron la molestia de vaciar sus vasos se marcharon de la sala mientras yo me preguntaba qué debía decirles.

El hombre de la camilla mantuvo los ojos cubiertos. Yo tosí para hacerle saber que seguía en la sala y me incliné sobre él para oír sus palabras. Me di cuenta de que hablaba para mí, aunque no dio muestras de percibir mi presencia ni una sola vez. Sin embargo, y a pesar de sus murmullos y pausas, lo entendí perfectamente.

La mayor parte de lo que había dicho le había resultado indignante. Yo sabía, sin duda, que nunca se había rodado ninguna película en las llanuras. Mi propuesta sugería que las cualidades más evidentes de las llanuras me habían pasado por alto. ¿Cómo esperaba encontrar tan fácilmente lo que otros no habían logrado encontrar nunca, un equivalente visible de las llanuras, como si no fueran más que superficies que reflejaban la luz del sol? Y luego estaba la cuestión de su hija. ¿De verdad creía que me bastaría con convencerla para que posara con unos prados de fondo y mirara a cámara para descubrir algo que en realidad no lograría ver aunque la siguiera con mis propios ojos durante años? No obstante, creía que tal vez un día yo lograría ver lo que realmente valía la pena ver. Si dejaba de lado por un momento mi impaciencia juvenil por fijarme en las simples imágenes parciales de las llanuras, dije, debía admitir que por lo menos estaba intentando descubrir mi propio paisaje. (¿Y qué importaba más que la búsqueda de paisajes? ¿Qué distinguía a un hombre, al fin y al cabo, sino el paisaje donde finalmente se hallaba a sí mismo?) Tal vez, joven y ciego como era, haría bien presentándome al día siguiente al anochecer en su casa solariega, donde sería tratado como invitado durante tanto tiempo como deseara quedarme. Pero todavía haría mejor aceptando, cuando me pareciera conveniente, un puesto en la casa. Yo mismo podía elegir qué cargo deseaba ejercer. El sugería el de «Director de Proyectos Cinematográficos», aunque esperaba que un día esta denominación me sonrojara. Mi salario sería una suma razonable además de los gastos en los que incurriera en el cumplimiento de mi cometido. Naturalmente, no habría ninguna lista formal de obligaciones que limitara el alcance de mi trabajo.

Me indicó que podía marcharme con un leve gesto. Lo dejé allí tendido, tapándose todavía los ojos, y mientras volvía al exterior, donde la tarde ya daba paso al anochecer, recordé que no me había mirado ni una sola vez a los ojos.

*

Dormí desde primera hora de la noche hasta justo antes de que saliera el sol. Me levanté, salí al balcón y contemplé el amanecer sobre

las llanuras. Me sorprendió descubrir que apenas unos minutos antes del alba, incluso en medio de aquel paisaje, todavía me embargaba la esperanza de que ocurriera algo distinto a la habitual salida del sol. Y aquella mañana más que nunca se me hizo raro verme a mí mismo como el personaje de una película, y las calles y los jardines que se extendían a mis pies, portentosos ya de por sí, como un decorado cargado de redoblada importancia.

Antes de embalar los libros y los papeles que tenía encima del escritorio, anoté en la etiqueta de una carpeta de anillas: ÚLTIMAS IDEAS ANTES DE EMPEZAR EL GUIÓN EN SÍ. A continuación, en una página en blanco de la carpeta, escribí:

En todas las semanas transcurridas desde que llegué aquí tan solo dos veces he contemplado la vista desde mi balcón. Habría sido relativamente sencillo explorar las llanuras que empiezan donde terminan casi todas las calles de la ciudad. Aunque ¿podría haberlas poseído como siempre quise poseer una extensión de las llanuras?

Esta noche, finalmente, tendré las llanuras a la vista. Las primeras escenas de *El interior* empiezan por fin a desplegarse. Ahora ya solo me queda ordenar mis notas y escribir.

No obstante, vuelve a asaltarme una vieja duda. ¿Existe en alguna parte una llanura que pueda representarse con una simple imagen? ¿Qué palabras o qué cámara podrían revelar las llanuras dentro de las llanuras de las que tanto he oído hablar durante estas últimas semanas?

Mirando desde mi balcón, ahora como si fuera un llanero nativo, no veo un paisaje sólido sino una vacilante bruma que oculta cierta mansión en cuya biblioteca una joven estudia el cuadro de otra joven que está inclinada sobre un libro que la lleva a pensar en una llanura hoy perdida de vista.

Este estado de ánimo me hace sospechar que cada hombre debe de estar viajando hacia el corazón de una llanura privada, remota. ¿Puedo siquiera describir para los demás los cientos de kilómetros que recorrí para llegar hasta esta ciudad? Y sin embargo, ¿qué necesidad hay de intentar mostrarlos como tierra y hierba, cuando es posible que alguien de lejos los vea incluso ahora como una simple señal de lo que sea que estoy a punto de descubrir?

Además, a estas alturas su padre le habrá contado ya que he emprendido el viaje hacia ella.

En algunas de las mejores tiendas de la ciudad encargué un archivador y artículos de papelería, una cámara sencilla y abundante película en color. Di como mi dirección la de la hacienda de mi nuevo patrono y saboreé el respeto que eso me confería. Di a entender que, a su debido tiempo, un empleado del terrateniente pasaría a recoger y abonar aquellos productos. Mi manera de hablar insinuaba que no iba a dejarme ver por la ciudad al menos durante varios meses.

Parecía el día más cálido hasta la fecha en las llanuras. Ya antes del mediodía mis amigos habían abandonado las calles para ocupar sus lugares de costumbre en el bar donde los había conocido. Me contaron que mi destino se encontraba a ciento treinta kilómetros de la ciudad, pasados los distritos más áridos. Y que iba a tener el sol del atardecer en la cara durante todo el trayecto. Pero yo pensaba en mi viaje como una aventura a regiones oscuras a través de una ruta que pocos conocían.

Aquella última mañana en el bar, mis compañeros hablaban de sus propios proyectos, tal como solían. Un compositor explicó que había concebido y escrito todos sus poemas sinfónicos a pocos kilómetros de su lugar de nacimiento, en una de las zonas menos pobladas de las llanuras.

En sus piezas intentaba encontrar el equivalente musical al sonido característico de su distrito. Los forasteros se referían con sorpresa al silencio absoluto del lugar, pero el compositor aseguraba que este reunía una sutil mezcla de sonidos que solían pasar desapercibidos a la mayoría de gente.

Cuando se interpretaban sus piezas musicales, los miembros de la orquesta se distribuían separados entre sí, sentados entre el público. Cada instrumento producía el sonido a un volumen que solo oían quienes se encontraban más cerca. Los espectadores podían moverse libremente, de forma tan discreta o ruidosa como gustaran. Algunos lograban distinguir fragmentos de melodía tan sutiles como el susurro de las briznas de hierba al frotarse entre sí, o la vibración del quebradizo tejido de los insectos. Algunos incluso encontraban algún lugar desde donde se podía escuchar más de un instrumento a la vez, aunque la mayoría no oía música alguna.

Los críticos objetaban que nadie de la audiencia ni de la orquesta podía esperar oír la armonía resultante de unos temas apenas apuntados. El compositor siempre había mantenido en público que aquel era justamente el efecto que buscaba: que el objetivo de su arte

era señalar la imposibilidad de comprender siquiera una parte tan evidente de una llanura como los sonidos que producía.

Pero en privado, y sobre todo en el hotel donde pasé las últimas horas antes de emprender mi viaje, el compositor lamentó que nunca fuera a conocer el verdadero alcance de sus obras. Durante los ensayos se paseaba por la sala casi vacía con la esperanza —bien poco razonable, lo sabía perfectamente— de intuir en algún momento aquel todo cuyas partes tan bien conocía. Efectivamente, rara vez percibía nada más allá del temblor de una lengüeta o de una cuerda. En esos momentos casi envidiaba a aquellas personas que no oían más que un incitante silencio en la melodía del viento entre los kilómetros de pradera.

Me pareció muy apropiado pasar mis últimas horas en la ciudad con un artista cuya obra el mundo no llegara a percibir. A veces imaginaba *El interior* como una serie de escenas de una película mucho más larga que solo se podía presenciar desde un punto panorámico del que yo nada sabía.

Finalmente, durante la media hora previa a marcharme del hotel, un pintor al que nunca había visto me contó una historia que ningún cineasta podía ignorar.

Años antes aquel hombre se había propuesto pintar lo que, por razones prácticas, había dado en llamar paisajes oníricos. El pintor aseguraba tener acceso a un paisaje surgido de sus percepciones únicas, superior a cualquiera de los paisajes que los demás llamaban *reales*. (La única ventaja de los territorios supuestamente reales, aseguraba, era que los hombres con poca sensibilidad podían abrirse paso entre ellos aviniéndose a no percibir nada más que lo que percibían quienes eran como ellos.) Dudaba que nadie, más allá de un pequeño grupo de personas particularmente atentas, fuera capaz de distinguir los rasgos característicos de su tierra. No obstante, se propuso representarlos empleando un medio tradicional como la pintura sobre lienzo, rebajando un poco su grado de extrañeza para quienes solo veían lo que veían.

Las primeras obras del pintor recibieron numerosos elogios pero, en su opinión, fueron malinterpretadas. Espectadores y críticos vieron en sus capas de dorado y blanco una reducción de las llanuras a sus elementos esenciales, y en sus volutas de tonos grises y verde pálido, una insinuación de lo que las llanuras todavía podían llegar a ser. Para él, cómo no, representaban claramente los elementos característicos de su paisaje privado y para enfatizar que el sujeto de su arte era de hecho

un paisaje accesible, introdujo una serie de símbolos evidentes en su obra posterior, aproximaciones de formas comunes a las llanuras y a su propio paisaje.

Las obras de su «período de transición», como se denominó más tarde, le valieron todavía más elogios. Aferrándose al indicio de una pauta en la inmensidad naranja y gutagamba, los críticos afirmaron que el pintor había sabido asimilar en su obra las tradiciones de las llanuras, e interpretaron que el extravagante verdor que emergía de un exceso de azul significaba que el artista había empezado a reconocer las aspiraciones de los demás habitantes de las llanuras.

El pintor, percatándose de que yo tenía ganas de marcharme, interrumpió la historia y predijo que no iba a encontrar ningún paisaje nuevo, viajara donde viajara. Cuando le hablé de la película que pretendía rodar, aseguró que ninguna película sería capaz de mostrar más que los lugares donde se posaba la mirada del hombre que se cansaba de hacer el esfuerzo de observar. Yo objeté que la última escena de *El interior* iba a sacar a la luz el más extraño y duradero de mis sueños. El pintor respondió que un hombre no podía soñar nada más extraño que la imagen más simple que acudía a la mente de otro soñador, y prosiguió con su historia.

Había habido más fases en lo que los críticos denominaban su evolución, pero lo único que necesitaba saber era que en aquel momento se dedicaba a pintar lo que todo el mundo coincidía en afirmar que eran paisajes inspirados. En tres años apenas había abandonado su estudio, cuya ventana estaba cubierta por un denso follaje verde. Cuando iba por la ciudad evitaba fijarse en las llanuras que se extendían al final de casi cada calle. Aseguraba que ahora no veía más que el paisaje en el que siempre había soñado, pero cada vez apartaba los ojos de sus formas y colores familiares y creaba sobre el lienzo una visión de un paisaje que solo se podía soñar en el país donde actualmente vivía de forma perpetua.

Me mostró una pequeña reproducción a color de una de sus obras más célebres. Parecía una burda imitación de uno de los paisajes con marco dorado y cubiertos con un cristal que había visto en el departamento de mobiliario de la tienda más grande de la ciudad. Mientras intentaba pensar en algo que decir, el artista me dirigió una dura mirada y afirmó que para muchos llaneros aquel era el único lugar lo bastante remoto como para convertirse en el escenario de sus sueños.

Cuando me encontraba ya a ochenta kilómetros de distancia, de camino al escenario de mi película, deseé haberle preguntado al artista

si era consciente de que sus montes púrpura y sus arroyos plateados podrían haber pasado por un paisaje de la Australia Exterior.

*

La conocí durante mi primera cena en la gran mansión. Como era la única hija, se sentó ante mí, pero apenas nos dijimos nada. No parecía mucho más joven que yo y, por lo tanto, no era tan joven como habría deseado. Su rostro tampoco era tan sereno como me habría gustado, de modo que tuve que volver a imaginar algunos de los fascinantes primeros planos de las últimas escenas de mi película.

Acordé que tan solo cenaría con la familia y que pasaría la mayor parte del día en la biblioteca o en mis aposentos, contiguos a esta y situados en la planta superior del ala norte, aunque los miembros de la familia eran conscientes de que podían toparse conmigo a cualquier hora en los jardines o en los terrenos de la finca. En tanto que artista, tenía libertad para buscar la inspiración en lugares extraños.

Mi patrono, el padre de la chica, quería que cada día, después de la cena, pasara una hora o dos bebiendo con él en la galería. Durante la primera noche nos sentamos los dos al otro lado de las puertaventanas del salón. La mujer y la hija del hombre seguían dentro de la casa con un pequeño grupo de invitadas. Yo sabía que habría muchas noches en que la galería estaría llena de invitados y protegidos con el mismo rango que yo, pero aquella primera noche, cada vez que la hija miraba hacia las llanuras iluminadas por la luna, veía mi oscura silueta sumida en una conversación con su padre.

Los grillos cantaban intermitentemente en los oscuros prados y, en una ocasión, un chorlito hizo sentir su débil trino, desesperado, desde un lejano pasto. Pero casi nada interrumpía el imponente silencio de las llanuras. Intenté visualizar la ventana iluminada y las siluetas recortadas tal como se verían desde algún punto de la vasta oscuridad que se extendía ante mis ojos.

*

Solo en mi estudio hacia la medianoche empecé un nuevo apartado de notas en una carpeta con el título: REFLEXIONES DESDE LA LLANURA DEFINITIVA (?). Escribí: El camino que conducía a la finca era un ramal de una carretera secundaria, desierta, con indicadores en ocasiones vagos y contradictorios. Cuando me detuve ante la puerta principal (después de asegurarme de que estaba en el lugar correcto),

no se veían casas, ni cobertizos, ni establos en todos aquellos kilómetros a la redonda. El lugar se encontraba al fondo de una leve hondonada que medía unos pocos kilómetros de un extremo al otro. Aparte de mí, dentro del círculo que delimitaba ese horizonte no se veía un alma. La casa de mi patrono se encontraba en algún lugar al otro lado de la verja de entrada, desde luego, pero no estaba a la vista. La avenida de acceso que conducía hasta ella ni siquiera señalaba el camino; se perdía detrás de una plantación de cipreses, bordeando una pequeña colina, y ya no volvía a aparecer. En el momento de abandonar el camino y adentrarme en la finca me dije que estaba a punto de desaparecer en un mundo privado e invisible, cuya entrada era el lugar más solitario de las llanuras.

¿Qué más me queda por hacer? Estoy tan cerca del final de mi búsqueda que ya casi ni me acuerdo de cómo empezó. Ella ha pasado toda su vida en estas llanuras. Todos sus viajes han empezado y terminado en este paisaje vasto, silencioso. Incluso los países con los que sueña tienen una especie u otra de llanura en el corazón. No existen palabras para describir lo que deseo hacer. ¿Vislumbrar sus paisajes? ¿Explorarlos? Apenas sabría expresar cómo descubrí estas llanuras donde la conocí a ella. De nada serviría referirse a los lugares, más extraños aún, que se extienden donde estas terminan.

Primero debo comprender de forma íntima su propio territorio. Quiero verla ante el telón de fondo de los pocos kilómetros cuadrados que son suyos y de nadie más: las laderas, los llanos y los arroyos boscosos que parecerán ordinarios a otras personas, pero que para ella ocultan cientos de significados.

A continuación quiero sacar a la luz la llanura que solo ella recuerda, un paisaje radiante bajo un cielo que nunca ha llegado a perder de vista.

Y espero ver también otros lugares que piden a gritos la llegada de alguien que los explore, las llanuras que ella reconoce cuando extiende la vista desde la galería y no ve más que un paisaje familiar.

Finalmente, deseo aventurarme en las llanuras de las que ni siquiera ella está segura, los lugares en los que sueña desde el paisaje de su propio corazón.

*

Durante mis primeros meses en la mansión adapté mi método de

trabajo al plácido ritmo de las llanuras. Cada mañana me alejaba caminando un par de kilómetros de la casa y me echaba boca arriba en el suelo para sentir el viento en la cara y ver como las nubes pasaban flotando. El tiempo que llevaba en las llanuras no parecía corresponderse con las horas ni con los días. Era un período que había transcurrido en una especie de trance, una larga sucesión de fotogramas casi idénticos que habrían ocupado más o menos un minuto de película.

Por las tardes exploraba la biblioteca, a veces completando las notas sobre mi guión, pero por lo general leyendo historias publicadas sobre las llanuras y los diarios, cartas y documentos encuadernados de la familia que mi patrono había puesto a mi disposición. A cierta hora del atardecer esperaba junto a una ventana de la casa para ver a la hija acercarse desde los establos, a través de los vastos prados, tras su cabalgata diaria hacia algún distrito que yo todavía no había visto.

A veces, durante aquellos primeros meses, me encontraba leyendo el material sobre las llanuras reunido en las estanterías cuando de repente oía el canto de las codornices y las avutardas medio domesticadas que vivían al otro lado del lago artificial. Entonces me acercaba corriendo a la ventana y la buscaba entre las sombras del parque, pero su silueta se confundía siempre con las borrosas imágenes de lo que había estado leyendo. Sola en la distancia, podría haber sido la mujer de hacía tres generaciones a la que, durante quince años, alguien había escrito cada día una larga carta que nunca había llegado a mandar. O las imágenes de los arbustos y el cielo reflejado sobre el lago junto al que se hallaban podrían haber formado parte de alguno de los caprichosos paisajes que servían de telón de fondo a las historias para niños no publicadas de su tío abuelo, que tenía fama de ser el filósofo más pesimista de las llanuras. O cuando se acercaba sigilosamente a las tímidas avutardas, podría haber sido su yo imaginario: la niña sobre la que había leído en sus primeros diarios y que, decía, se había ido a vivir con las tribus de aves terrestres para conocer sus secretos.

Hacia finales de verano mis notas eran tan extensas que a veces las dejaba a un lado e intentaba imaginar formas más simples de concebir las escenas iniciales de mi película.

Me colocaba junto a la ventana y acercaba al cristal un cuadro pintado por aquella mujer en los últimos años de la infancia, mientras intentaba ver en él algún detalle del paisaje que había al otro lado, como si se encontrara suspendido en los trazos apagados y translúcidos de la pintura. A veces recortaba un trozo del papel para que apareciera una imagen distante de las llanuras reales en un lugar significativo de

un cuadro. En una ocasión pegué un fragmento de un cuadro sobre el cristal, en el centro de un espacio rectangular vacío de otro cuadro. Después de colocar mi composición en la ventana, me acerqué a ella a pasos lentos, murmurando una música apropiada a los primeros fotogramas de una película que trata de recuerdos, visiones y sueños.

*

A última hora de una tarde de otoño, después de pasar un rato leyendo las notas que ella había escrito a lápiz en los márgenes de una colección de ensayos de un filósofo natural y viajero olvidado, me levanté y, al acercarme a la ventana como de costumbre, la vi a no mucha distancia. No había rastros evidentes del otoño en aquella parte de las llanuras. Los pocos árboles exóticos estaban cubiertos de hojas con las puntas arrugadas. Esparcidas por los tramos de césped había pequeñas moras incomedibles. Y los horizontes parecían algo menos borrosos.

Supuse que a la luz del sol le faltaba algo y que eso era lo que hacía que su cara presentara aquella nitidez tan sorprendente mientras se dirigía hacia la casa. En cambio, no supe explicarme qué fue lo que, por primera vez desde mi llegada, la impulsó a levantar la mirada hacia mi ventana.

Yo me encontraba a unos pasos del cristal, pero no hice ningún gesto por aproximarme. En las sombras de algunas de las primeras obras sobre las llanuras, hice un esfuerzo por memorizar la secuencia de imágenes que me vinieron a la mente. Al principio de una película, o al final (aunque tal vez la misma escena iba a servir para ambos), una joven aparecía en medio de la soledad de las llanuras y se acercaba a una casa enorme. Al bordear una de las alas del edificio miraba a través de las ventanas de un complejo de habitaciones decoradas con juguetes y dibujos infantiles hechos con lápices de color y acuarela. Entonces llegaba a unos arbustos y contemplaba la vista de un jardín, o de unos jardines que se alejaban hacia las llanuras, que solo ella podía ver. (Su cuerpo se interponía entre la cámara y lo que fuera que estaba mirando.)

Finalmente se dirigía hacia la pendiente del jardín que quedaba más a la vista. Se movía con gestos indecisos, como si buscara algo inconfundible (¿lo habría atisbado antes?) pero al mismo tiempo inaprensible.

Llegaba un momento en el que el espectador decidía tal vez que la

joven no estaba representando un papel y que sus movimientos indecisos respondían a la búsqueda genuina de algo que el guionista solo había sido capaz de apuntar vagamente.

Entonces la mujer se volvía hacia la cámara y el espectador intuía tal vez que ni siquiera se trataba de la típica persona que, en un documental, intenta actuar con naturalidad, sin hacer caso a la cámara que la sigue a todas partes. La mujer miraba a quienquiera que la estuviera observando como si lo que buscaba se encontrara en aquella dirección. O tal vez era que no estaba segura de lo que se esperaba de ella, de lo que el guionista tenía en mente.

*

La hija de mi patrono terminó apartando la mirada de la ventana. Cuando se hubo perdido de vista, acerqué una mesita a la ventana y la dejé en el lugar donde me encontraba mientras ella miraba hacia arriba. Coloqué una silla encima de la mesa y colgué mi chaqueta de punto en el respaldo de la silla. Me situé detrás de la silla para asegurarme de que me llegaba a la altura de los hombros.

Necesitaba una cabeza para mi maniquí. Añadí un plumero a la silla, en la posición correcta, pero entonces me dije que las plumas grises de la cola de una avutarda apenas se verían a través de la ventana, mientras que mi cara tenía una palidez evidente. (De pronto me di cuenta de que había pasado la mayor parte de mis días en las llanuras dentro de la casa.) El cajón superior de mi archivador estaba medio lleno de papel en blanco para escribir a mano o a máquina. Cogí un puñado de hojas, las distribuí de cualquier manera sobre las plumas del plumero y las pegué con cinta adhesiva.

Me aseguré de que la mujer se hubiera metido en su ala del edificio. Entonces fui abajo y atravesé los caminos hasta llegar al lugar donde ella había levantado la vista. Me detuve allí y contemplé la ventana de la biblioteca.

Me sorprendió la oscuridad que parecía reinar en el interior de la biblioteca. Yo siempre mantenía cerradas las persianas de todas las ventanas menos la de aquella, pero aun así, sentado en mi escritorio, me sentía siempre en contacto con la intensa luz de las llanuras. Pero ahora la ventana, envuelta en una luz vagamente crepuscular, no dejaba ver nada de la sala que había al otro lado, tan solo una imagen reflejada del cielo.

Me quedé allí tanto tiempo como se había quedado ella. Me di

cuenta de que el brillo lejano del cielo reflejado no tenía el color azul metálico uniforme que me había parecido en un primer momento, sino que estaba vagamente veteado y jaspeado. Habría dicho que aquellas marcas eran lejanos jirones de nube, solo que a medida que me fui alejando una de ellas quedó fija en el cristal, mientras la imagen del cielo circundante cambiaba a cada paso que daba.

Había estado contemplando el blanco borroso de aquella forma que quería parecer mi cara, los papeles que había pegado al maniquí de mí mismo. Pero la joven que aquella tarde había salido de las llanuras había visto mi cara, a menos que esta hubiera quedado oculta tras el reflejo de un jirón de nube.

Regresé a la biblioteca y desmonté aquella rudimentaria copia de mí mismo. Las hojas de papel que representaban mi cara estaban cubiertas de pliegues y arrugas, pero me las llevé hasta la mesa donde había estado trabajando desde mediados de verano. Me senté e intenté alisar el papel con las manos. Pasé un buen rato contemplando las páginas, como si no estuvieran en blanco. Incluso escribí algo en ellas —unas frases vacilantes— antes de tirarlas al suelo y proseguir con mi trabajo.

{dos}

NOTA PRELIMINAR: Después de más de diez años en las llanuras sigo preguntándome si puedo excluir de la obra de mi vida la presencia del paisaje que en este distrito se denomina la Otra Australia. Mi problema no es que este paisaje resulte desconocido o poco familiar para quienes me rodean. Si fuera así, podría engañar de muchas maneras a una joven que ha vivido toda su vida en las llanuras. Podría presentarme como un hombre que se distingue por la extrañeza de todas las cosas que ha visto a lo largo de su vida. (Aunque esto sin duda sería imposible. ¿He olvidado acaso una de las características más corrientes de los habitantes de las llanuras, su obstinada negativa a permitir que lo desconocido tenga ningún efecto sobre su imaginación simplemente por el hecho de ser desconocido? ¿Cuántas tardes he pasado en esta biblioteca, desenrollando los grandes mapas de las regiones de las llanuras descubiertas hasta la fecha y admirando la obra de las escuelas de cartógrafos más respetadas, aquellas que sitúan a sus improbables tribus y las bestias más absurdas en las regiones supuestamente mejor conocidas, y que llenan los lugares que otras escuelas dejan en blanco con elementos que buscan crear un efecto angustiosamente familiar?)

Mi problema tampoco es que deba convencer a un público formado en exclusiva por habitantes de las llanuras de que en su día un hombre como yo considerara seriamente y estudiara (¡hasta el punto de pretender aprovecharlas para ganarse la vida!) una serie de ideas falsas y distorsiones absurdas que en su momento tomé por descripciones de las llanuras. Como ya he dicho, esta biblioteca incluye la habitual alcoba oscura dedicada a la obra de eruditos medio ignorados, cuyo trabajo casi nunca ha gozado del reconocimiento que merecía: los hombres que renunciaron a la satisfacción de estudiar las disciplinas genuinas o las innumerables cuestiones no resueltas que plantean las llanuras y prefirieron habitar las llanuras falsas o ilusorias descritas e

incluso alabadas por personas que en su vida vieron nada que se pareciera a una llanura.

Puedo considerar una dificultad que alguien pueda interpretar algunas de las escenas de *El interior* como una secuencia de acontecimientos en la vida de un hombre que todavía guarda en su recuerdo lugares situados lejos de las llanuras, pero estoy convencido de que ni siquiera los llaneros menos perspicaces podrán confundir mis conjuntos de imágenes con la descripción de un progreso de cualquier tipo. Debo recordarme a mí mismo que me encuentro lejos del país cuyos habitantes creen que la historia de un corazón humano puede no diferir de la historia del cuerpo al que da vida. En esta biblioteca he encontrado salas enteras

llenas de obras que especulan libremente sobre la naturaleza de los llaneros. Muchos de los autores hacen gala de unos métodos de pensamiento peculiares, ajenos de una forma desconcertante, alejados tal vez adrede de los modos de comprensión corrientes. Pero todavía no he encontrado a un autor que haya intentado describir al habitante de las llanuras como alguien condicionado por las vicisitudes de la carne o, menos aún, por las desventuras que sufren los cuerpos en los años anteriores a que el corazón pueda sustentarlos adecuadamente.

Por supuesto, en la literatura de las llanuras abundan las narraciones sobre la infancia. Se han dedicado libros completos a exponer con todo detalle la topografía de países y continentes tal como se divisaron bajo la vacilante luz del sol durante el único momento en que existieron: en un intervalo afortunado entre días casi idénticos, antes de que fueran devorados por acontecimientos tan triviales que ni siquiera merece la pena recordarlos. Sabemos también que una de las disciplinas más parecidas a lo que en las zonas lejanas de Australia se denomina filosofía tiene su origen en el estudio comparado de paisajes recordados por un solo observador y en las descripciones de dichos paisajes realizadas por ese mismo observador una vez adquirida la habilidad necesaria para realizar una descripción apropiada de los mismos.

En los últimos años se ha producido un cambio en el foco de atención de la propia disciplina. Tal vez era inevitable que los críticos experimentaran cierta frustración

con una materia que se basaba en unos datos que estarían siempre en manos de un observador solitario. Y, desde luego, esta nueva rama de estudio ha generado un grueso de material especulativo mucho más satisfactorio. No resulta en absoluto sorprendente que casi todos los habitantes cultivados de las llanuras destinen una estantería de su

biblioteca particular a algunos de los muchos estudios correspondientes a esta disciplina tan en boga. Produce incluso cierta satisfacción ver tantos volúmenes publicados en una edición uniforme, con sus llamativas sobrecubiertas de color negro y morado. ¿Dónde sino en las llanuras podía una nueva editorial labrarse en pocos años una prosperidad sustancial y una gran reputación publicando de forma casi exclusiva largos tratados que indagarán sobre las imágenes elegidas por los autores de esos provocativos ensayos conocidos como reminiscencias de lo mal recordado?

También yo he admirado sus argumentos tortuosos y sus detalladas elucubraciones, la exposición de conexiones peregrinas y vagas reverberaciones, y la triunfante demostración final de que algo así como un motivo ha pervivido a lo largo de un voluminoso cuerpo de prosa llena de digresiones e incluso de imprecisiones. Y como los miles de lectores de esas obras, me he preguntado por las especulaciones subyacentes a la esencia de la materia que analizan, las conclusiones defendidas con vehemencia por hombres que reconocen que son indefendibles. Como la mayoría de habitantes de las llanuras, no tengo prisa por adoptar ninguna de ellas. Afirmar que estas suposiciones, que se basan en un equilibrio tan delicado, están demostradas o resultan de un modo u otro concluyentes equivaldría a degradarlas. No solo eso: quienquiera que lo hiciera parecería un acaparador de certidumbres o, peor aún, un insensato que intenta utilizar las palabras para el menos apropiado de los objetivos: justificar un efecto forjado a base de palabras.

Uno de los principales atractivos de estas singulares conjeturas es que nadie puede utilizarlas para alterar la manera en que interpreta su propia vida. Y es justamente eso lo que proporciona un inmenso placer a los llaneros, que aplican todas esas nuevas teorías a sus propias circunstancias. ¿Qué sucedería, se preguntan, si no hubiera nada más sustancial en toda nuestra experiencia que esos descubrimientos en apariencia demasiado insignificantes como para albergar ningún significado que vaya más allá de su breve existencia? ¿Cómo reorganizaría un hombre su modo de proceder si pudiera estar seguro de que el hecho de no poder explicar una percepción, un recuerdo o una suposición a los demás refuerza su valor en lugar de disminuirlo? ¿Y qué no podría conseguir un hombre, liberado de la obligación de buscar presuntas verdades más allá de las que se demuestran en la búsqueda de su verdad particular?

Estas son tan solo algunas de las implicaciones de la ciencia que,

afortunadamente, parece la más extendida y debatida en las llanuras en un momento en el que estoy preparando una obra de arte que pretende mostrar lo que yo y nadie más que yo puede haber visto. Eso sí, debo recordar que no pocos terratenientes (y quién sabe cuántos dependientes de comercio, maestros de primaria y entrenadores de caballos de carreras que leen y escriben en privado) han abandonado ya la nueva disciplina. No es que la critiquen: al contrario, aseguran haberse convertido más a ella que quienes defienden sus virtudes en las columnas de opinión de las revistas semanales y se enorgullecen de fotografiarse junto al autor de uno de esos libros de portada negra y morada durante un fin de semana cazando codornices o en un baile popular. Sin embargo, estos estudiantes reticentes consideran que la disciplina, por su propia naturaleza, no se puede estudiar mientras quienes lo hacen tienen ocasión de comparar sus valoraciones o de ponerse de acuerdo, por vagamente que sea, en sus afirmaciones.

Esa gente está dispuesta a esperar hasta algún año u otro del futuro lejano. Ese año, aseguran, cuando el clima de pensamiento en las llanuras se halle en la mitad de uno de sus ciclos graduales pero inevitables, aunque los llaneros sigan prefiriendo los poemas en prosa, las sonatas, los espectáculos de marionetas o esos bajorrelieves que parecen emerger del abismo que se abre entre un hombre y su pasado, las grandes cuestiones del presente le parecerán distantes y extrañas a cualquiera que siga frecuentando las ruinas de nuestras ciencias actuales.

Ninguno de los eruditos que menciono puede siquiera aventurar cuántas intrusiones sucesivas de la luz del atardecer en el rincón más sombrío de alguna biblioteca han blanqueado la tinta de las páginas satinadas de los libros cuando al fin las abren. Estos hombres se refieren en cambio al peculiar placer de saber, cuando finalmente se tropiezan por casualidad con una imprevista correspondencia de metáforas en las confesiones de algún escritor olvidado, que su preciado descubrimiento no tiene valor alguno para los demás. Es posible que, entre sus símbolos favoritos de esa visión privada que todo habitante de las llanuras busca, cuenten con algo que lleva ya años descartado o rebatido. No hay proyecto más gratificante, afirman, que el de devolver su lustre a alguna reliquia de la historia de las ideas; por muchos usos que le encontremos y por destellos que logremos arrancar a su superficie, tanto tiempo oscurecida, siempre podremos disfrutar de la placentera desconfianza que nos genera nuestra opinión sobre ella. Percepciones que queríamos completas pueden un día verse ampliadas por una pequeña nota al pie

encontrada en un texto anticuado. Y aunque nos deleitemos aceptando conceptos ignorados e ideas descartadas, debemos reconocer que alguien antes que nosotros los consideró bajo una luz distinta.

Una vez más me digo que en todas las artes y las ciencias surgidas de la aguzada conciencia que el habitante de las llanuras tiene del cambio y la pérdida, ningún pensador ha contemplado seriamente la posibilidad de que el estado de un hombre en un momento concreto de su vida pueda verse iluminado por un estudio de ese mismo hombre en otro momento que, por conveniencia, diremos que precedió a ese momento en cuestión. A pesar de su obsesión por la infancia y la juventud, los llaneros nunca han tenido en cuenta, más que como la demostración de una falsedad patente, la teoría según la cual los defectos de un hombre son el resultado de algún accidente anterior, o sus corolarios: que la vida de un hombre es un proceso de decadencia a partir de un estado de satisfacción original, y que nuestras alegrías y placeres son una solución intermedia entre nuestros deseos y nuestras circunstancias.

Además de mis años de lectura, también mis largas conversaciones con habitantes de las llanuras —incluido el cabeza de esta casa, mi impredecible patrono, que ya solo visita la biblioteca para buscar láminas en color en obras sobre la historia de determinados estilos cerámicos— me certifican que la gente de estas regiones concibe la vida como un tipo de llanura más. No pierden el tiempo con conversaciones banales sobre viajes a través de los años ni nada parecido. (Casi a diario me sorprende constatar que sean tan pocos los habitantes de las llanuras que han viajado realmente. Incluso durante su Edad Dorada, el Siglo de la Exploración, por cada pionero que se abría paso en una nueva región, había un gran número de hombres que cosechaban igual fama describiendo sus distritos como si estos se encontraran todavía más allá del más lejano de los territorios recientemente descubiertos.) En sus discursos y canciones, en cambio, los llaneros se refieren constantemente al Tiempo que converge en ellos o se aleja como una llanura tan familiar como formidable.

Cuando un hombre reflexiona acerca de su juventud, su lenguaje parece referirse más a menudo a un lugar que a su ausencia, y a un lugar no desdibujado por la idea del Tiempo en tanto que velo o barrera. Dicho lugar está habitado por personas que gozan del privilegio de poder dedicarse a buscar la particularidad del mismo (una característica que obsesiona a los habitantes de las llanuras como la idea de Dios o del infinito han obsesionado a otros grupos humanos),

del mismo modo que el hombre actual intentará adivinar la identidad especial del lugar que ocupa. Se ha hablado mucho, naturalmente, del fracaso de ambos —tanto del hombre como del joven— a la hora de comprender su situación excepcional. A menudo se los ha comparado con los habitantes de regiones cercanas que intentan trazar mapas de todas las llanuras que consideran necesarias o que desearían conocer y que están de acuerdo en que sus mapas deberían incluir las partes colindantes de los mapas de los demás, pero que a la postre descubren que los mapas de unos y otros no coinciden exactamente, pues cada uno ha postulado la existencia de una zona indefinida entre los últimos lugares que desea para sí y los primeros que no tiene derecho a reivindicar. (Afortunadamente, mi tarea actual me permite no tener que prestar atención a la importante escuela de pensamiento que insiste en que todo aprendizaje —e incluso, han dicho algunos, todo arte— debería derivarse de las áreas sombrías que en realidad nadie ocupa. Eso sí, un día espero poder satisfacer mi curiosidad acerca de su teoría de la Llanura Intersticial, el sujeto de una excéntrica rama de la geografía: una llanura que, por definición, no puede visitarse, pero que colinda y da acceso a todas las llanuras posibles.)

Así, cuando mi patrono le da vueltas a la translucidez irregular y a las múltiples intensidades de verde y dorado del vidriado de algunos azulejos, que le recuerdan una clase concreta de baldosas que vio y tuvo entre las manos hace años, no intenta *recapturar* burdamente ninguna experiencia del pasado. Si pensara en esos términos, le bastaría con acercarse a algunos de los pórticos y patios del ala sureste, donde incluso yo soy capaz de admirar en los matices de color que él intenta visualizar, en el reflejo de la luz del atardecer o en los restos reflejados de esa luz, un verde conjetural que puede que nunca más vuelva a aparecer entre aquellos pilares, pavimentos y estanques escrupulosamente conservados. Por otro lado, sus horas de estudio silencioso no son ninguna prueba de que rechace las apariencias y las sensaciones que se derivan de cualquier llanura actual. Apuesto a que piensa de forma desapasionada acerca de otras tardes en patios de donde incluso los grandes silencios de las llanuras quedaban desterrados para preservar así un silencio todavía más estremecedor, y donde el lustre acaso inimitable de la arcilla vidriada realza unos verdes y unos dorados más alejados aún de las preferencias corrientes que los tonos casi nunca vistos de los pastos vacíos que se extienden donde terminan esos patios. Lo que él desea es que todo lo que es irrecuperable parezca bordeado por todos lados por un terreno familiar; desea que la

distribución esquemática de sus propios asuntos coincida con el modelo preferido por los llaneros: una zona de misterio rodeada por lo conocido y lo absolutamente accesible. Y teniendo en cuenta quién es, estoy prácticamente convencido de que pretende que estas tardes tranquilas manifiesten un nivel de refinamiento superior al del famoso modelo. El hombre que estudia con calma los matices y las texturas de sus baldosas, decoradas con tanta simpleza, admite que el significado pleno de lo que parece tener al alcance de la mano o de los ojos depende de ese otro hombre que acaricia con los dedos las superficies de las paredes embaldosadas que el sol de la tarde ha calentado, y entre cuyas sensaciones se incluye la conciencia de otro hombre que está cerca de interpretar la conjunción entre la luz menguante del sol y unos colores vivos, pero que sospecha que la verdad de ese momento está en manos de otro hombre que ve, siente y se asombra más que él.

A veces me pregunto si mi patrono concibe el Tiempo a la manera ortodoxa de la escuela de opinión de la que dice formar parte. En sus ocasionales conversaciones conmigo defiende el «Tiempo, la Llanura Opuesta» frente a las otras cuatro teorías que actualmente se propugnan. Sin embargo, detecto en sus argumentos un exceso de pulcritud. Estoy lo bastante familiarizado con la forma de pensar de los habitantes de las llanuras como para saber que suelen preferir las teorías que no permiten explicar de forma completa un problema determinado. La complacencia de mi patrono ante la simetría y la compleción de lo que él percibe como Tiempo pueden ser una señal de que en privado se dedica a investigar alguna de las otras teorías populares o, más probablemente, que ha terminado convirtiéndose en uno de esos solitarios doctrinarios con una conciencia del Tiempo cuyas verdaderas configuraciones escapan a los demás. Hasta hace poco, estos hombres solitarios gozaban de tanto respeto como los seguidores de las cinco escuelas. Sin embargo, desde que algunos de los más celosos de ellos han convertido sus laberintos de Tiempo privados en el escenario de su poesía y su prosa, además de otras obras más novedosas (algunas totalmente fragmentarias, otras casi insoportablemente repetitivas) que todavía esperan recibir un nombre aceptable, los críticos (e incluso los lectores, habitualmente tolerantes) se han empezado a impacientar.

Es posible que el hecho de que los llaneros corrientes consideren que dichas prácticas resultan confusas o incluso destructivas en lo referente al alcance y la variedad de sus métodos preferidos para abordar el asunto del Tiempo no tenga nada que ver con ello. No obstante, este es uno de los pocos asuntos en que los habitantes de las llanuras prefieren

no fiarse de la perspectiva del espectador solitario. Tal vez, como recientemente han observado algunos comentaristas, las cinco grandes teorías son aún tan incompletas, están tan llenas de áreas imprecisas, que incluso el pensador más original haría bien en ubicar sus paradójicos paisajes y ambiguas cosmologías en sus amplios espacios vacíos. O tal vez quienes más protestan —aunque en sus filas se incluyen seguidores de las cinco escuelas a partes iguales— crean secretamente en otra teoría que todavía no se ha expresado con claridad. Se trata de la contraproducente visión según la cual es imposible que dos partes se pongan de acuerdo sobre el significado del Tiempo; que es imposible predecir nada; que todas nuestras afirmaciones sobre este asunto pretenden tan solo llenar un vacío asombroso en nuestras llanuras y la ausencia en nuestros recuerdos de la única dimensión que nos permitiría viajar más allá de ellas. En este caso, quienes se oponen a tan díscolos investigadores estarían tan solo protegiéndose de la posibilidad de que alguno de esos herejes encontrara la manera de transmitir esa idea a otros. (La mejor manera de lograr dicho fin sería sin duda por medio de la poesía o de alguna abstrusa forma de narrativa de ficción. Los habitantes de las llanuras rara vez se someten a la lógica: están demasiado distraídos con la pulcritud de sus mecanismos, que prefieren utilizar para idear ingeniosos juegos de salón.) El miedo a esos oponentes se basaría en la posibilidad de que esa nueva concepción del Tiempo aboliera los elaborados constructos que los llaneros utilizan en sus innumerables investigaciones sobre la naturaleza mutable de las cosas, algo que podría condenarlos a ser habitantes de unas llanuras tan permanentes que solo lograrían sobrevivir aquellos hombres capaces de engañarse a sí mismos inventando horas o fingiendo creer en unos años que nadie más había sido capaz de intuir.

Hace años me sentí tentado de visitar el rincón de la biblioteca donde las grandes obras sobre el Tiempo rebotaban de las estanterías que en su día se habían considerado sobradamente espaciosas para albergarlas en un futuro previsible. Pronto me di cuenta de que esa era también la zona que atraía a la esposa de mi patrono durante sus visitas diarias a la biblioteca. Era una mujer no mayor que yo y todavía hermosa según las convenciones de las llanuras. Rara vez examinaba alguno de los libros que se amontonaban a su alrededor; se limitaba a consultar una serie concreta de títulos y muy de vez en cuando cogía alguno con la sobrecubierta de color. También prestaba mucha atención a las cortinas que cubrían la pared oeste de la sala. A veces corría las

pesadas telas color miel y entonces la luz que la envolvía parecía volverse más intensa, aunque quizá no menos transitoria. En otras ocasiones abría esas mismas cortinas y la luz deslumbrante del sol poniente reflejada en los omnipresentes pastos desiertos arrancaba un brillo complejo a los cientos de obras dedicadas al Tiempo.

No sabía casi nada de ella. En todas mis conversaciones privadas con su marido (una vez al mes en unas habitaciones a las que él se refería como su estudio) nunca había mencionado a su mujer, que ha pasado tantas tardes en la casa que a estas alturas debe de haber visto la luz reflejada en tres mil llanuras distintas a través de cada una de sus innumerables ventanas.

Sabía que, como es habitual entre los llaneros eminentes, mi patrono tenía el hábito de rendir un homenaje indirecto a una esposa anónima en cada obra de la disciplina artística que cultivaba en privado. En el caso de mi patrono, sin embargo, las referencias eran seguramente más oscuras de lo habitual. Si hubiera dedicado sus silenciosos días a trabajar en los versos de una balada, podría haber tenido más probabilidades de saber algo acerca de la historia de su mujer, pues todas las baladas de las llanuras vuelven una y otra vez de sus interminables paráfrasis y banalidades a una serie de motivos inconfundibles. O, si hubiera frecuentado las salas medio abandonadas donde los inmensos telares seguían tal como los había dejado su abuelo, tal vez me habría sido posible ver como aparecía su mujer en un escenario que él imaginaba para los dos, pues los tejedores de las llanuras solo fingen esconder sus sujetos femeninos entre escenas que es imposible que hayan presenciado. Sin embargo, el único hombre que habría podido interpretar el ensimismamiento de aquella mujer, envuelta por el resplandor uniforme de las llanuras reflejado en los tomos multicolores de las obras dedicadas al Tiempo, producía elementos tan poco reveladores como murales de vidriado verde y figuritas de poses ambiguas. Por algunas de sus observaciones casuales formuladas a última hora de la noche, yo sabía qué significado pretendía infundir a sus crípticas y reticentes obras. También era consciente de que los habitantes de las llanuras consideran todas las formas artísticas como la única y limitada prueba visible de una serie de inmensos procesos que se producen en el paisaje y que incluso el artista apenas consigue percibir, y que por ello se enfrentan tanto a las obras más abstrusas como a las más ingenuas con una actitud totalmente receptiva, dispuestos a dejarse arrastrar hasta los más desconcertantes panoramas de panoramas. Yo, en cambio, apostado en patios silenciosos

entre las alas más apartadas de la casa, sin ninguna vista de las llanuras que pudiera distraerme, contemplaba el efecto que la densidad variable de las nubes que se agolpaban a mis espaldas tenía sobre la pared verdosa que se alzaba ante mí, convertida ora en una ilusión de profundidades ilimitadas, ora en una ausencia de cualquier cosa que se aproximara a un horizonte. Entretanto, me dedicaba a seguirle el rastro a cualquier elemento que en aquella región incierta pudiera parecer un tema: siguiendo hasta lo que parecía su fuente originaria cualquier defecto o huella que sugiriera una u otra propensión humana, vacilante pero persistente, en un paisaje que también iba y venía; distinguiendo los contrastes entre poderosos opuestos en la predominancia alterna de texturas discrepantes; o decidiendo que lo que parecía una percepción peculiar y única de un terreno privado podía sugerir, considerado desde otra perspectiva, que el artista no había sabido ver los rastros dispersos de lo que otro observador habría considerado un paisaje totalmente distinto.

Por todo ello, no podía sino especular acerca de los años que aquel hombre y su mujer habían pasado cada uno en su lugar preferido (ella cerca de las ventanas occidentales de la biblioteca, entre una pared cubierta de los intrincados colores de aquellos libros que casi nunca abría y una llanura que daba pesadamente la espalda al sol, con una transcendencia que todavía distaba mucho de resultar obvia, y él en un patio rodeado de muros, todo el día de espaldas a las pocas ventanas cubiertas de telarañas que mostraban una perspectiva de las llanuras, la cara pegada a aquellos azulejos de colores donde aseguraba ver lo que solo el paso de los años había logrado revelar), actuando ambos como si todavía hubiera tiempo para oír de boca del otro unas palabras con las que reconociera algunas de las posibilidades no realizadas durante los años en que ambos habían perdido la esperanza de poder organizar todas esas cosas con palabras.

Sin embargo, había días en que la mujer se adentraba más aún en las salas reservadas al Tiempo y se sentaba a leer junto a una de las ventanitas orientadas al sur, entre las obras de filósofos menores. (Incluso estando tan lejos de la Otra Australia, a veces todavía recuerdo lo que allí pasaba por filosofía. Y casi a diario, mientras recorro algún camino desconocido desde la mesa que tengo aquí, me llevo una agradable sorpresa al ver que las salas y galerías reservadas a la filosofía albergan obras que en mi distrito natal habrían gozado de cualquier consideración excepto esa.) En otra Australia, los libros que

ella lee más a menudo habrían recibido seguramente el nombre de novelas, aunque dudo mucho que encontraran un editor y lectores en un lugar como ese. En las llanuras, en cambio, pertenecen a la respetada rama de la filosofía moral. Los autores de esas obras se centran en lo que, por razones de conveniencia, denominan el alma de los hombres de las llanuras. No dicen nada acerca de la naturaleza de ninguna entidad que se corresponda con este término, un asunto que reservan a los expertos reconocidos —los críticos de las formas de poesía más arcanas—, pero describen con todo detalle algunos de sus indudables efectos. Estos expertos aíslan de su propia experiencia (y de la del resto de expertos, pues entre todos

conforman un grupo estrechamente unido, casi exclusivo, se casan con las hermanas y las hijas de colegas y rivales, e inician a sus propios hijos en su exigente profesión) determinados estados de arrepentimiento, frustración o privación. Luego examinan esos estados buscando pruebas de algún estado previo que pareciera prometer algo que nunca llegó a realizarse. En casi todos los casos, los defensores de lo efímero, como se les llama a veces, demuestran que la experiencia previa no presagiaba ningún incremento de la satisfacción ni ningún estado de alegría en un futuro no especificado. Los autores no añaden que las experiencias posteriores no tienen ningún valor, ni tampoco que un llanero debe rechazar toda esperanza de consuelo futuro, y menos aún que los placeres duraderos no existen. Lo que sí hacen es llamar la atención del lector hacia un patrón recurrente en los asuntos humanos: la percepción fugaz de la promesa de un bien ilimitado, seguida por la llegada de dicho bien a los asuntos de alguien que ni lo previo ni lo reconoce como tal bien. La respuesta apropiada a este fenómeno, afirman, es ceder a la intensidad de las aparentes decepciones, no con la sensación de verse uno privado de una felicidad que le corresponde, sino porque la ausencia continuada de un placer esperado lo define con mayor claridad.

Concluí, pues, que la mujer que pasaba las tardes preguntándose qué había sido de aquellos marido y mujer a quienes había divisado en una ocasión en una llanura singular, se había convencido de haberse equivocado al suponer que un día podría acercarse a ellos en su propio paisaje peculiar. Cada vez que la veía atravesar los pasillos desiertos y salas silenciosas donde en su día había esperado pronunciar o cuando menos oír las frases que conectarían las llanuras que la rodeaban con una llanura que en su día había intuido, para instalarse en un rincón sin ventanas con el consuelo astringente de los llamados filósofos de lo

perdido, yo suponía que ya se había dejado convencer por sus doctrinas. Entonces, y ante mi mirada furtiva, se situaba no en la distancia incierta entre sus circunstancias presentes y la mansión con sus vastas propiedades que otra mujer había ido a ocupar allí, sino en las llanuras amplias, inespecíficas, en las que todavía no se había adentrado. Porque los pensadores de esa escuela se niegan a considerar que una posibilidad cualquiera, antaño tenida en cuenta, pueda un día parecer corresponderse a una serie de acontecimientos mucho más exigüos. Los teóricos se concentran en la posibilidad en sí misma y la juzgan en función tanto de su amplitud como del tiempo que logra sobrevivir lejos del alcance de la disposición azarosa de visiones y sonidos que quienes hablan de forma descuidada llaman realidad y que se ha considerado, tal vez incluso por algunos habitantes de las llanuras, como la extinción de cualquier posibilidad.

Así pues, la mujer podría haber considerado que la principal ventaja de haber pasado tantos años en unas llanuras que no había visto, con un hombre que todavía no se había explicado, era que en su día le había permitido postular la existencia de una mujer cuyo futuro incluía incluso la improbable perspectiva de pasar toda la vida en unas llanuras que no vería, con un hombre que nunca llegaría a explicarse.

Pero la filosofía de las llanuras incluye tantos elementos de lo que en su día consideré material digno de ficción que tal vez la esposa de mi patrono había leído mucho antes determinados tratados que yo hojeé durante los años que dediqué a seguir las ramificaciones que llevaban de una nota al pie a otra, en estudios voluminosos pero marginales sobre el Tiempo, la Llanura Fuera del Alcance. (Dichos estudios son en realidad difusas narraciones de acontecimientos que, aunque seguramente duraron apenas unos momentos en las vidas de las personas que los vivieron, se describen como si hubieran constituido los puntos culminantes de sus historias.) Seguramente, me dije, ella debía de haber leído por lo menos uno de aquellos relatos sobre un hombre y una mujer que, tras hablar una sola vez, decidían que las decorosas miradas y palabras que habían intercambiado habían sido tan prometedoras que era preferible que no se volvieran a ver. Y, leyendo los relatos sobre lo que la vida había deparado a esas parejas más adelante, tenía que haber comprendido que sus propios años en aquella casa constituían una pequeña parte de su propia historia. Las tardes de silencio ininterrumpido, los crepúsculos brevemente centelleantes, e incluso aquellas mañanas que parecían a punto de devolver a las llanuras algo que no había dejado de esperar del todo, eran meras

insinuaciones de una vida que podría haber sido: de los innumerables paisajes conjurados hacía años durante un intercambio silencioso entre ella misma y un hombre joven que la podría haber llevado a cualquier parte que no fueran aquellas llanuras a las que había prometido llevarla. Entre nosotros pareció surgir tal afinidad (aunque no hablábamos nunca y, además, cuando uno de nosotros miraba a través de la biblioteca, el otro tenía siempre los ojos en una página de texto, o en una página que esperaba su texto) que concebí esperanzas de que creyera que sus años en aquel distrito tenían el mismo valor que el que sus autores favoritos otorgaban a todas las vidas que parecían no llevar a ninguna parte. Porque algunos de los que parecen ser sus escritores preferidos consideran gran parte de lo que llamamos historia una secuencia vacía de frases y gestos irreflexivos, destinados en parte a satisfacer las triviales expectativas de quienes se preocupan por lo fácilmente predecible, pero sobre todo a brindar a los más perspicaces la ocasión de prever lo que saben que nunca va a suceder. Unos pocos de esos mismos filósofos afirmarían incluso que, de entre todas las eventualidades imaginables, los años de inquietud de la mujer eran la única secuela apropiada del momento en que una joven veía a un hombre como tal vez no volvería a presentarse nunca, al tiempo que este la veía a ella como tal vez no volvería a presentarse nunca. Para esos teóricos (sus obras están ocultas en un estante remoto, pero aun así es posible que se hubiera topado con ellas en alguna ocasión durante los años que había pasado en la biblioteca) una vida no es más que una oportunidad de demostrar que un momento está absolutamente desconectado de todos los que vendrán luego, y debe ser más valorada aún por todos los años sin novedades que subrayan esa demostración.

Coincidíamos, naturalmente, e intercambiábamos palabras corteses en otras salas y a otras horas, pero cuando la veía en algún rincón alejado de la biblioteca no osaba acercarme a ella. Pasé mucho tiempo cohibido por la impresión insignificante que habrían transmitido mis propias ideas de haberlas pronunciado en aquel entorno. Consideraba que no tenía derecho a hablar si no era para referirme a alguna de las ideas expuestas en los libros que me rodeaban. El silencio que reinaba en aquellas salas me recordaba la pausa que se permite un orador cuando ha terminado de plantear su argumento y espera con actitud desafiante la primera pregunta, excepto que en este caso la tensión la componían una inmensa multitud de oradores y todos los años de silencio que aún nadie había interrumpido.

Pero a medida que los meses iban pasando y ella seguía acudiendo

casi cada tarde a sentarse entre donde estaba yo y las estanterías marcadas con la palabra «TIEMPO», me sentía cada vez más inclinado a anunciarle algo. Sentía entre nosotros la concentración de todas las palabras que podríamos haber dicho como una montaña de libros por abrir, tan abrumadora como cualquiera de las estanterías que teníamos enfrente. Seguramente eso hizo que se me ocurriera un ardid: en cuanto hubiera terminado las notas preliminares de *El interior*, y antes de empezar a trabajar en el guión en sí, iba a escribir una obra breve (seguramente una colección de ensayos) que pondría en claro la situación entre la mujer y yo. La publicaría de forma privada, por medio de uno de los sellos poco utilizados que mi patrono reserva para las obras en progreso o los trabajos marginales de sus protegidos, y presentaría el tema de la obra de tal forma que los bibliotecarios archivarán un ejemplar en las estanterías donde ella pasa las tardes.

Preveía que esta parte de mi plan discurriría tal como había previsto; el único motivo de incertidumbre era la parte final, pues no tenía forma de asegurarme de que ella fuera a abrir el libro. Podía suceder que la observara cada tarde durante los cinco o diez años que tenía planeado pasar en aquella casa, y que ni una sola vez la viera acercarse ni siquiera remotamente a las palabras que podrían haber explicado mi silencio.

Sin embargo, la probabilidad de que nunca llegara a leer mis palabras no me preocupó durante demasiado tiempo. Si todo lo que sucedía entre nosotros no era más que una serie de posibilidades, mi objetivo debería haber sido ampliar el ámbito de sus especulaciones en lo tocante a mí: que recibiera información tal vez no específica, pero sí la necesaria para reconocermé. En otras palabras, no hacía falta que leyera ni una de mis palabras, tan solo que supiera que había escrito algo que ella podría haber leído.

Así pues, pasé un breve período de tiempo dándole vueltas a la idea de escribir el libro y publicarlo, para luego distribuirlo tan solo entre unos pocos críticos (y solo después de recibir su compromiso escrito de que no iban a poner el libro en circulación) y mandar un ejemplar a esta biblioteca. El día en que dicho ejemplar fuera archivado en las estanterías, lo retiraría discretamente y lo guardaría a buen recaudo después de asegurarme de que el catálogo recogía una descripción completa de la obra.

Pero ni siquiera este plan me satisfizo durante demasiado tiempo. En tanto continuara existiendo un solo ejemplar de mi libro, nuestra afinidad mutua estaría constreñida. Y, lo que era todavía peor (puesto

que yo deseaba que nuestra relación no se viera limitada por ideas corrientes como el tiempo o el espacio), nadie después de nuestras muertes podría estar seguro de que ella no había encontrado y abierto el libro a lo largo de su vida. Pensé en publicar un único ejemplar —destinado a los bibliotecarios de la casa—, del que me apropiaría y que destruiría en cuanto la entrada del catálogo estuviera completa. Pero alguien en el futuro podía suponer que dicho ejemplar seguía existiendo (o que había existido) y que la mujer al que iba dirigido le había echado aunque fuera un vistazo.

Una vez más, alteré mi plan. En alguna parte, el catálogo incluye una lista de libros destacados que la biblioteca no ha adquirido nunca, pero que forman parte de colecciones privadas de otras grandes casas de las llanuras. Iba a quedarme todos los ejemplares de mi libro e introduciría una entrada en esa lista, indicando la existencia de un ejemplar en una biblioteca ficticia de un distrito inventado.

A esas alturas había empezado ya a preguntarme por qué la mujer no había ideado un libro para explicarme su posición. Pero fue mi propia renuencia a buscar ese libro lo que finalmente me decidió a hacer lo que hice, que fue no escribir ningún libro ni hacer circular ninguna insinuación de que había escrito o planeado escribir libro alguno.

Habiendo tomado esa decisión tuve la esperanza de que tanto la mujer como yo mismo fuéramos capaces de dejarnos en paz, cada uno en su zona remota de la biblioteca, conscientes de la posibilidad de habernos conocido de jóvenes, de habernos casado y haber descubierto el uno del otro todo lo que dos personas como nosotros pueden descubrir en media vida. Pero pronto me di cuenta de que esta solución era una fuente de descontento (como seguramente lo habría sido cualquier otra). Cada vez que pensaba, por vagamente que fuera, en nosotros dos como marido y mujer, debía admitir que esas personas no habrían podido existir sin un mundo posible que sirviera de contrapeso a lo que para ellos era real. Y en ese mundo real había un hombre y una mujer sentados en extremos opuestos de una biblioteca. No sabíamos prácticamente nada el uno del otro y no podíamos concebir que las cosas discurrieran de otro modo sin quebrantar con ello el equilibrio de los mundos que nos rodeaban. Pensar en nosotros en otras circunstancias habría significado traicionar a las personas que podríamos haber sido.

Llegué a esta conclusión hace ya tiempo. Desde entonces he intentado evitar aquellas salas cada vez más rebosantes de obras que

intentan explicar el Tiempo. A veces, sin embargo, a mi paso por aquella parte de la biblioteca, una redistribución de las estanterías de obras recientes me obliga a dar un rodeo y a pasar por delante de una sala donde en otra época había observado a la mujer. Se sienta más lejos aún de donde creo recordarla, y el cambio en la distribución de estanterías y particiones la separa ya de mí con la primera barrera de lo que, inevitablemente, terminará convirtiéndose en un laberinto de caminos por entre montañas de libros, a medida que esta ala de la biblioteca vaya convirtiéndose en la encarnación visible de uno u otro de los patrones atribuidos al Tiempo en los libros que alberga silenciosamente en su corazón.

De vez en cuando me complazco en verla tan cerca de las estanterías atestadas que la palidez de su rostro se ve durante un momento tocada por el rubor que desprenden los libros con las sobrecubiertas más llamativas que la rodean. Sin embargo, prefiero no dejarme ver por las zonas dedicadas al Tiempo, por mucho que cada día parezca acercarme más a la visión que tendría un llanero de todo lo que podría haberme sucedido. Temo, quién sabe si de forma infundada, verme seducido por las imágenes de lo que estuvo a punto de suceder. A diferencia de los verdaderos hombres de las llanuras, no me apetece en absoluto inspeccionar de cerca las vidas de esos otros hombres que casi podrían haber sido yo mismo. (Sin duda, fue este temor lo que inicialmente me trajo hasta las llanuras, el único lugar donde no tengo por qué preocuparme por esas posibilidades.) Los innumerables libros de esta biblioteca están abarrotados de prosa especulativa; hay tantos capítulos y más capítulos escritos entre paréntesis; tantas glosas y notas al pie enmarcan el texto en sí que siempre temo descubrir, en un ensayo corriente de un llanero sin reputación alguna, un párrafo que describa a un hombre como yo, que se dedica a especular infinitamente acerca de las llanuras sin poner jamás un pie en ellas.

Por eso hoy en día evito los libros que presentan el Tiempo como si fuera una especie de llanura más. No quiero que nadie, ni siquiera la mujer silenciosa sentada ante una vista interminable de títulos sugerentes, me vea como un hombre a las puertas del Tiempo, la Llanura Invisible, o que se acerca al Tiempo, la Llanura Fuera del Alcance, o que regresa del Tiempo, la Llanura Sin Senderos, o siquiera que vive rodeado por el Tiempo, la Llanura Sin Límites. Cuando finalmente me presente ante los habitantes de las llanuras, debo hacerlo como un hombre seguro de su propia concepción del Tiempo. Envuelto por una luz tenue, tal vez en una de las numerosas salas de la biblioteca

que todavía no he visitado nunca. Por lo que mi público sabe sobre las llanuras exteriores, han podido llegar y pasar largos atardeceres. Lo único que les interesa son las imágenes de una película que cuenta la historia de un hombre que contempla las llanuras desde una perspectiva inaudita. Y aunque levanten la vista de esas imágenes para observar al hombre que las creó, lo único que verán será mi rostro débilmente iluminado por los colores trémulos de las escenas de un Tiempo que les resultará vagamente familiar.

Ahora que por fin me he librado de la necesidad de darle explicaciones a la esposa de mi patrono, debo superar las dudas que a veces me sobrevienen durante los crepúsculos mensuales, como los llaman. No creo que nadie acuda a esas sesiones breves y amistosas con la intención de desconcertarme. Nos sentamos, a menudo en silencio, en el salón principal, el único que no ofrece una vista de las llanuras, sino apenas una perspectiva de setos altos y de árboles espesos y podados destinada a estimular pensamientos más libres y especulativos mediante la insinuación de que después de todo lo inimaginable ha sucedido y de que nos vemos separados de nuestras llanuras por inhóspitos bosques de una extensión indeterminada o por las distracciones de paisajes inventados. En cuanto mi patrono considera que la sala está lo bastante oscura (cuando no es capaz de identificar un pequeño paisaje enmarcado que uno de los criados, siguiendo la costumbre, ha puesto en las manos del invitado más próximo) nos marchamos, sin ceremonia alguna, pero pensando, tal como requiere el espíritu de la ocasión, en todo lo que podríamos haber aprendido si alguno de nosotros se hubiera manifestado en medio de la luz menguante del crepúsculo.

¿Cómo es posible que las pocas palabras que se pronuncian durante esas veladas me afecten tanto? Los presentes procuran siempre decir solo cosas previsibles —hacer los comentarios más breves y banales— y dar la impresión de haber aceptado aquella invitación formal y haber viajado tal vez durante medio día a sabiendas de que no iban a decir ni oír nada relevante. Mis dudas surgen durante los largos silencios, cuando me comparo a mí mismo, que sigo en mi empeño de componer una obra de arte capaz de sorprender, con los invitados más célebres.

Mi patrono invita a sus crepúsculos a algunos de los solitarios más afamados de las llanuras. Pero ¿qué puedo decir de ellos cuando su objetivo es no decir ni hacer nada que pueda considerarse un logro? Ni siquiera el calificativo *solitario* resulta particularmente apropiado, pues la mayoría prefieren aceptar una invitación o acoger a un invitado antes que llamar la atención incurriendo en una actitud impropia. No fingen

ningún tipo de desaliño en el vestir ni grosería en las maneras. De todos los que he conocido, el único famoso por sus excentricidades es un hombre que cada año, a principios de primavera, parte con un criado y realiza un viaje de varias semanas a través de las llanuras antes de regresar a su casa, y no abre ni por un instante las oscuras cortinas que cubren las ventanas del compartimento trasero de su coche, ni abandona la habitación del hotel en ninguna de las ciudades donde se detiene durante el trayecto.

Como ninguno de esos hombres ha explicado nunca, ni de palabra ni por escrito, el porqué de su preferencia por vivir discretamente y al margen de toda ambición en un anexo modestamente amueblado de sus sencillas casas, solo puedo decir que percibo en ellos una devoción callada, obstinada, por demostrar que las llanuras no son lo que muchos llaneros creen. Que no son, por así decirlo, un vasto teatro que dota de mayor significado los acontecimientos que en él se representan; tampoco son un campo inmenso para exploradores de todo tipo. Son simplemente una práctica fuente de metáforas para quienes saben que los hombres inventan sus propios significados.

Sentado entre aquellos hombres al anochecer, comprendo su silencio cuando afirman que el mundo es algo más que un paisaje. Me pregunto si alguna de las cosas que he visto sería un tema apropiado para una obra de arte. De todos esos hombres, los que me parecen verdaderamente perspicaces son los que dan la espalda a las llanuras. Sin embargo, a la mañana siguiente la salida del sol disipa las dudas y cuando ya no puedo seguir contemplando el horizonte deslumbrante, decido que lo invisible es solo lo que está iluminado en exceso.

No (para volver al tema de esta nota), es poco probable que los llaneros vean lo que pretendo mostrarles como un tipo de historia. Aun en el caso de que les presentara lo que yo consideraría un relato de exploración —una historia sobre cómo conjeturé la existencia de las llanuras, cómo llegué hasta aquí, cómo aprendí las costumbres de la región donde me presenté como el creador de una película y cómo viajé más lejos aún, hasta esta región que en su momento me había parecido increíblemente remota—, ni siquiera mi audiencia, acostumbrada a ver las conexiones reales entre acontecimientos en apariencia consecutivos, sería capaz de ver lo que en realidad quería decir.

No, por absurdo que parezca, la principal dificultad a la que me enfrento —y que podría convertirse en el motivo de más notas antes de abordar mi trabajo propiamente dicho— es que posiblemente la joven cuya imagen debería haber significado más que un millar de kilómetros

de llanura no llegará nunca a comprender lo que quiero de ella.

Desde una sola de las ventanas de las salas de esta biblioteca, a veces veo a la hija mayor de mi patrono en uno de los caminos del invernadero más próximo. (Dentro de poco tendré que investigar por qué prefiere los senderos húmedos de aquellos pabellones de cristal a los ventosos claros del parque, que reúnen los árboles endémicos de todos los distritos de las llanuras.) Es poco más que una niña, motivo por el que procuro que nadie me vea observándola, ni siquiera de lejos. (Hay un invernadero en el que pasa largos ratos. Si fuera capaz de encontrar una ventana en alguna parte de la biblioteca todavía desconocida para mí, podría observarla durante tanto tiempo como quisiera. Aun cuando ella apartara la mirada de una de aquellas flores tan incompatibles con las llanuras y mirara hacia arriba, no distinguiría mi presencia entre los reflejos del follaje exótico y de su cara pálida flotando en el aire, a medio camino entre el cristal tintado de su invernadero y los cristales de mi ventana sombría.) Aun así, he intentado persuadir a su padre para que ofrezca a sus preceptores algunos de mis estudios sobre varios aspectos de las llanuras. Espero poder despertar su curiosidad hacia ese hombre al que solo ve de lejos, en las pocas ocasiones formales en las que una hija mayor es invitada al salón, y hacia los medios que se dice que ha ideado para representar las llanuras más oscuras. Sin embargo, mi patrono solo me ha permitido en una ocasión mandarle a su principal preceptor algunos de mis hallazgos, así como una breve descripción del proyecto en el que aún estoy trabajando.

A cambio, en los meses transcurridos desde entonces, tan solo se me ha mostrado un breve fragmento de una serie de comentarios escritos por la muchacha acerca de la obra de un recopilador de blocs de dibujos de las regiones de las llanuras. No me pasó por alto una breve mención de mi persona (con su caligrafía impecable), pero no me supuso estímulo alguno. Si hubiera malinterpretado alguno de mis propósitos más particulares, tal vez se los habría podido exponer de forma más clara. Pero ella parece ciega al porqué de mi presencia en su casa. Este no es el lugar apropiado para examinar la rocambolesca imagen que se ha formado de mí. Tan solo diré que no lograría satisfacer la menor de sus expectativas ni siquiera olvidándome de la larga historia de mi estancia en las llanuras y presentándome simplemente como un viajero curioso de la Australia más remota.

{tres}

ME instalé en la biblioteca, aunque esta no era siempre el refugio seguro que necesitaba. Es cierto, mi patrono no me molestaba por las noches. Podría haber encendido las luces de todas las salas y pasillos, y vagar la noche entera por habitaciones llenas de libros que todavía no había examinado. Pero prefería trabajar a la luz del día, cuando las altas ventanas de un lado y los abigarrados tomos de la pared opuesta me permitían pensar en mí mismo como si todavía me encontrara entre dos inmensidades.

Las dos que tenía delante en aquellos momentos me parecían más imponentes que en años anteriores. A través de muchas de las ventanas, cuando las cortinas y las persianas no estaban echadas, veía lo que solo podía describir como montañas: una cordillera de laderas y estribaciones con tupidas arboledas que poblaban los valles profundos. Mi interés por aquellas montañas había sorprendido a la gente de la casa, que no las consideraba representativas. La cordillera recibía el nombre de los cinco arroyos que discurrían por ella, y cuando insinué que aquel paisaje era poco común en las llanuras, me recordaron que me encontraba en un distrito donde la gente estaba tan obsesionada por las llanuras más amplias tal como las entendía que a menudo perdía de vista los accidentes geográficos. Lo que yo habría considerado una región particular y digna de estudio no era más que un detalle de las llanuras vistas en su conjunto. Y en la dirección opuesta, entre las salas llenas de libros, encontré material de sobra con el que confundirme. Creía conocer lo suficiente las llanuras como para profundizar en los temas más afines a la obra de mi vida en cualquier biblioteca, pero en aquellos laberintos de salas y espacios anexos no parecían respetarse las categorías con las que yo había terminado familiarizándome. El propietario de aquellas inmensas colecciones y sus bibliotecarios y conservadores de manuscritos residentes parecían haber acordado un

sistema de clasificación que mezclaba obras que ninguna convención sobre las llanuras de la que yo tuviera conocimiento había relacionado con anterioridad. Algunas tardes, consciente por una parte de las cordilleras que se elevaban entre mis ventanas y un presunto horizonte y, por la otra, de cómo las distinciones entre las impredecibles secuencias de títulos se desdibujaban continuamente, me preguntaba si todas mis investigaciones hasta aquel momento habrían sido algo más que simples vistazos a las engañosas superficies de las llanuras.

A veces esa duda me acuciaba durante tanto tiempo que empezaba a desear que mi patrono me invitara pronto a alguna de sus «escenas», aunque durante mis primeros años en su propiedad me hubieran parecido un entretenimiento de lo más aburrido.

Había semanas en las que no hablaba con nadie de toda la casa. Pasaba días enteros sentado, leyendo y tratando de escribir, mientras esperaba una señal clara de lo que solo puedo denominar el acontecimiento invisible en el que sin duda iba a verme involucrado. Entonces, la última mañana de una temporada de buen tiempo, cuando en el cielo apuntaba ya la bruma de una tormenta que tardaría todo el día en desatarse y yo esperaba tal vez que llegara la tarde en la que mi revelación se me presentaría como una promesa de cambio en medio de aquel ambiente sofocante, recibía el mensaje de que se me requería para una escena.

En otra época aquella palabra me había parecido el modismo menos afortunado de los muchos que empleaban tanto la familia como el séquito de mi patrono. En un primer momento la consideré poco más que un sustituto caprichoso para los muchos términos corrientes que podrían haber descrito las elaboradas expediciones de un día que las familias emprendían hacia algún lugar anónimo situado en los lejanos confines de sus propiedades. Había participado en dichas salidas con otras grandes familias y me había deleitado en particular su hábito de retirarse durante la mayor parte del día en sus inmensas tiendas de campaña sin ventanas, bebiendo discretamente pero sin descanso, escuchando el susurro de la hierba al frotarse con las paredes translúcidas y fingiendo no saber en qué punto de la inmensidad kilométrica de hierbas agitadas por el viento se encontraban. (En algunos casos no había fingimiento. Habían empezado a beber a la hora del desayuno, mientras cargaban coches y caravanas y las mujeres estaban todavía ocultas detrás de las puertas cerradas, vistiéndose según el estilo formal que todo el mundo respetaba en aquellos días. Luego había otros que a lo mejor intuían a cuál de los miles de lugares

parecidos habían ido a parar, pero que durante el largo trayecto de vuelta a casa sucumbían al sopor etílico, aún erguidos en el asiento y bien vestidos, y al día siguiente no recordaban nada.)

Sin embargo, yo había descubierto hacía tiempo que mi patrono utilizaba la palabra *escenas* ²¹. algo más que para tratar simplemente de incorporarla al dialecto de la región. El hombre pasaba gran parte de la tarde seleccionando hombres y mujeres de entre la multitud de huéspedes, colocándolos en poses y actitudes que él mismo elegía, y tomándoles fotografías. Utilizaba una cámara sencilla y anticuada, elegida a toda prisa de entre la media docena que llevaba siempre consigo en el cavernoso maletero de su coche. La película formaba parte de un surtido de carretes en blanco y negro adquirido en una ciudad distante a algún tendero acostumbrado a satisfacer las veleidades poco rentables de los grandes terratenientes. Las copias que más tarde se hacían de aquellos tediosos cuadros plásticos eran descritas sin entusiasmo por las pocas personas que se tomaban la molestia de inspeccionarlas.

El hombre que se paseaba entre los reacios sujetos de aquellas fotografías, deteniéndose para echar un trago del vaso que todavía llevaba en la mano o para consultar el pliego de notas garabateadas que asomaban del bolsillo de su chaqueta, me había confesado que el llamado arte de la fotografía no le interesaba en absoluto. A quienes lanzaban afirmaciones pretenciosas sobre el producto de las cámaras fotográficas les decía que la aparente similitud estructural entre sus ingeniosos juguetes y el ojo humano los había conducido a un error absurdo. Suponían que sus papeles cubiertos de tinta mostraban algo de lo que el hombre veía más allá de sí mismo, algo que denominaban el mundo visible. Sin embargo, nunca se habían parado a pensar dónde debía de encontrarse ese mundo. Manoseaban sus papelitos, admirando las manchas y los borrones que en apariencia había fijados sobre ellos, pero ¿eran conscientes de que, mientras lo hacían, el reflujo de la luz del sol se retiraba de lo que miraban y se filtraba a través de los agujeros de sus caras hasta una profunda oscuridad? Si el mundo visible estaba en alguna parte, era dentro de aquella oscuridad: una isla bañada por las aguas del infinito océano de lo invisible.

El hombre me había contado todo eso durante un momento de sobriedad. Pero en sus escenas, cuando bebía inexorablemente hasta la inconsciencia y captaba grandes conos de luz de las llanuras en el interior de sus desvencijadas cámaras, parecía burlarse de sí mismo. Desde el principio me había dado cuenta de que las escenas nunca

tenían lugar en días de gran claridad. Siempre, cuando los numerosos grupos se reunían en las frondosas verandas y los anchos caminos, el cielo del interior estaba particularmente neblinoso. La luz del sol duraba tal vez hasta el atardecer, pero poco a poco las nubes turbulentas se iban adueñando del cielo. El hombre que había elegido aquel día para su escena animaba a su familia e invitados a divertirse y disfrutar del ambiente todavía lánguido. Pero entonces me llevaba aparte, como si solo yo pudiera comprender su secreto objetivo.

—La oscuridad acecha —observaba acaso, señalando la mitad del cielo ya cubierta de nubes—. Incluso un lugar tan inmenso y luminoso como las llanuras puede verse oscurecido desde cualquier dirección. Ahora contemplo esta tierra y cada hectárea reluciente de luz se sume en mi vieja oscuridad privada. Pero es posible que otros estén observando también las llanuras. La climatología no es más que una señal del enorme territorio invisible que nos rodea en este preciso instante. Alguien nos ha estado mirando, a nosotros lo mismo que a nuestra preciosa tierra. Vamos desapareciendo a través del agujero oscuro de un ojo de cuya existencia ni siquiera somos conscientes. Pero a este juego puede jugar más de una persona. Y yo todavía tengo mi juguete, mi cámara que vuelve invisibles las cosas.

Y entonces tal vez me apuntaba con la cámara y me preguntaba si me apetecía una expedición al mundo invisible.

A primera hora de la tarde, ya con la tormenta encima y mientras la gente, sentada alrededor de las surtidas mesas, contemplaba en el silencio de sus tiendas los horizontes más próximos (a los que la cortina de lluvia daba una proximidad absurda), mi patrono abandonaba la cámara y se reclinaba en la silla, de espaldas a la luz menguante.

Sabía que la tormenta, como todas las que atravesaban las llanuras, sería breve, y que la mayor parte de las nubes habrían pasado antes de que anoheciera, dejando un cielo despejado y vagamente iluminado. Pero en ese momento alargaba un brazo hacia mí y me hablaba como si las llanuras tal como él las había conocido hubieran desaparecido para siempre.

—Fíjese en esta cabeza —murmuró en una ocasión—, en este sujeto de tantos retratos; estúdiela, pero no por lo que puedan sugerir sus rarezas superficiales. No. Inspecciónela, intente refutar las peores teorías de los falsos habitantes de las llanuras que nos rodean. Siempre les ha atribuido más sutileza de la que poseen. Supone que porque han pasado toda la vida en las llanuras, son sensibles a señales que usted todavía anda buscando. Y no obstante, incluso los más perspicaces,

aquellos que tal vez ya ha tomado casi por visionarios, nunca se han preguntado exactamente dónde están sus llanuras.

»Admito que incluso contemplar las llanuras en las que hemos pasado la tarde, incluso eso es algo así como una distinción. Pero no se engañe: nada de lo que hemos visto hoy existe disociado de la oscuridad.

»Fíjese. Tengo los ojos cerrados. Estoy a punto de dormirme. En cuanto haya perdido el sentido, trepáneme. Ábrame el cráneo en dos. No hay filo capaz de molestarme después de tanto alcohol. Estudie el cerebro que encontrará palpitando ahí dentro. Seccione los lóbulos blanquecinos. Examínelos con potentes lupas. No encontrará nada que haga pensar en las llanuras. Las tierras que en su día aseguré haber visto desaparecieron hace tiempo.

»La Gran Oscuridad. ¿No es allí donde se encuentran todas nuestras llanuras? Pero están a salvo, más o menos. Y en el extremo más alejado, en un lugar demasiado remoto para que usted o yo podamos visitarlo, el tiempo está cambiando. Sobre nuestras cabezas, el cielo es cada vez más luminoso. Una llanura completamente distinta se cierne sobre la nuestra. Estamos viajando hacia algún lado dentro de un mundo con forma de ojo. Y todavía no hemos visto qué otros paisajes contempla ese ojo.

El hombre siempre interrumpía sus discursos de forma abrupta. Yo me quedaba sentado a su lado, bebiendo, esperando oír más. Pero mi patrono mantenía los ojos cerrados y solo me pedía que, en cuanto perdiera la conciencia, me asegurara de que conservaba la verticalidad.

Unas horas antes, aquel hombre había utilizado la cámara como si no pretendiera otra cosa que grabar sobre la película una tarde que se oscurecía por momentos. Pero yo (y tal vez también otros) sabía que nuestro anfitrión nunca pretendía que sus fotografías registraran lo que cualquiera de los presentes habría querido recordar de la escena.

La partida se instalaba siempre en la orilla resguardada de un arroyo. Durante la tarde se dispersaba en grupos aislados, en lugares desde donde se vislumbrara el agua. Incluso las parejas que se alejaban caminando del grupo nunca perdían de vista las arboledas y la hierba verde de las orillas. Aun así, nunca nadie posaba delante de un meandro de agua o ante las rocas de un tramo poco profundo. Estudiando las fotografías, semanas más tarde, no lograba distinguir ningún elemento de referencia reconocible en el fondo. Un espectador ajeno podría haber concluido que se habían tomado en cualquiera de una decena de

emplazamientos separados por kilómetros.

Asimismo, quienes aparecían en las fotos rara vez lo hacían tal como se habrían recordado a sí mismos la tarde en cuestión. Un hombre que hubiera pasado la mayor parte del día galanteando con una joven, inmersos ambos en los prolongados rituales del cortejo de las llanuras, más tarde se encontraría tal vez con una imagen de sí mismo visiblemente solitario, acaso con la mirada vuelta hacia un distante grupo de mujeres o hacia aquella en concreto a la que ni siquiera se había acercado.

Nunca se trataba de una falsificación flagrante de los acontecimientos del día, pero todas las colecciones de fotografías parecían destinadas a confundir, si no a las pocas personas que posteriormente pedían «verse a sí mismas», tal vez sí a quienes se toparan con las imágenes años más tarde, mientras buscaban pruebas tempranas de que determinadas vidas iban a transcurrir como efectivamente lo habían hecho.

Si esas personas hojeaban los sencillos álbumes en cuyas páginas se habían fijado precipitadamente las fotografías, era posible que se encontraran con unos ojos que se apartaban de lo que debería haberlos atraído; un hombre deseoso de marcar las distancias respecto al único grupo que jamás lo aceptaría; otro rodeado de personas a las que más tarde aseguraría no haberse acercado nunca. En cuanto a los escenarios de esos insólitos acontecimientos, tan pocos parecían formar parte de cualquiera de los paisajes preferidos en épocas anteriores que los estudiosos de esas materias debían cuando menos de respetar la singularidad de lo que percibían del pasado, si es que no llegaban a la conclusión de que algunos de los lugares más populares de las llanuras habían desaparecido hacía ya tiempo.

Yo mismo me preguntaba a menudo qué pensarían más tarde quienes repararan en los escasos signos de mi presencia en aquellas escenas. Había tardes en las que hacía poco más que observar los cambios de humor que se reflejaban en el rostro de la nieta mayor de mi patrono mientras escuchaba educadamente las conversaciones de sus amigos al tiempo que observaba poco más que el paso de la brisa y las sombras de las nubes sobre la llanura. Su abuelo, sin embargo, me conducía siempre hacia algún grupo de mujeres famosas por haber posado en retratos célebres o por ser el modelo de algún personaje de ficción, pero que por el momento parecían ajenas a cualquier cambio digno de su atención en las llanuras circundantes. Así pues, dirigía la vista hacia donde señalaba mi patrono, o posaba junto a las mujeres y

aparentaba estar totalmente sumido en una conversación silenciosa o en algún secreto sin palabras, de modo que nos convertíamos en uno de esos grupitos cuyo aspecto desconcertaría a cualquiera que años más tarde pretendiera especular sobre dichas conversaciones y dichos secretos.

Yo y mis acompañantes del momento no obteníamos ninguna certeza duradera de las horas que pasábamos en aquellos lugares anodinos de las llanuras, bajo un sol siempre amenazado. Sin embargo, aparcábamos momentáneamente nuestra perplejidad e incertidumbre y conspirábamos, algunos tal vez sin darnos cuenta, para que pareciera que estábamos en posesión de un secreto que, cuando menos, resolvía el misterio de aquellas horas y de aquel lugar. Y a ojos de gente que nunca conocería, que yo pareciera estar al tanto de algo se convertía en un motivo más de perplejidad e incertidumbre entre esa gente del futuro.

¿Qué podían hacer esas personas sino dudar más aún de su discernimiento cuando, en una fotografía descolorida y mal encuadrada, se topaban con indicios de que en su momento, en algún lugar de las llanuras que nunca se había podido identificar con precisión, un grupo heterogéneo de personas que nunca se habían distinguido por su perspicacia en relación con dichos asuntos, habían compartido una certeza, habían susurrado y sonreído ante un descubrimiento, o incluso habían contemplado y señalado un indicio que en aquel momento los había satisfecho?

Pero no eran solo grupos de personas los que posaban como si tuvieran a su alcance una o más de esas certezas que escaparían a cualquiera que los viera más tarde. Muchos hombres y mujeres que habrían confesado sin remilgo alguno no haber visto más que en viejas ilustraciones el cielo o el paisaje que los había persuadido de no buscar más cielos ni tierras, muchos de ellos habían sido fotografiados como si lo que fuera que contemplaban más allá del plano de la cámara les proporcionara justamente el tipo de satisfacción que quienes vendrían más tarde solo podrían encontrar en viejas fotografías.

Algunas de las personas que posaban de aquella forma accedían a hacer algún gesto inusitado o a fingir interés por algo que apenas les atraía. Otras complacían al fotógrafo y se presentaban tal como las pintaban los rumores o las burlas. Yo mismo me acostumbré a que mi patrono me pusiera una cámara sin carrete en las manos y me pidiera fingir estar enfocando una figura o un paisaje a media distancia.

Pocos de quienes tomaban parte en las escenas habrían recordado que la misión que me había llevado originalmente a la casa consistía en escribir material susceptible de convertirse en guiones. Aún eran menos quienes acudían a las revelaciones anuales, tal como las llamaban, donde se esperaba que mostrara o describiera lo mejor de mis proyectos recientes.

Hacía tanto tiempo que no asistía a una de las funciones organizadas para alguno de los demás protegidos de la casa que no habría sabido decir si las mías eran, de todas, las que reunían a una concurrencia más limitada. A quienes acudían a mis revelaciones no parecía importarles el espacio vacío que los rodeaba en la sala de recepciones, ni que, cuando salían a pasear por la larga veranda, sus voces se vieran silenciadas por el estruendo de los grillos y las ranas. Durante las primeras horas de la ceremonia, entre la puesta de sol y medianoche, se amontonaban para comer y beber, adoptando el porte de una élite refinada y privilegiada: un grupito selecto que no se había olvidado del retraído erudito que ocupaba las salas del fondo de la biblioteca, y cuyos miembros un día podrían tal vez alardear de haber sido testigos de sus primeras revelaciones, para entonces ya poco menos que legendarias. A medianoche, cuando empezaba la revelación propiamente dicha — cuando el grupo se despedía de las mujeres y las tradicionales e incómodas sillas de respaldo alto se disponían alrededor del semicírculo de mesas, cubiertas de numerosos decantadores y manchadas a intervalos regulares por la luz que se filtraba a través de los enormes cuboides de whisky atrapados dentro del grueso cristal—, la audiencia mostraba un interés que superaba lo que exigía el simple decoro. Esperaban expectantes a que los criados cerraran las puertas, corrieran las cortinas de color violeta de doble grueso instaladas para la ocasión y montaran las escaleras de mano para cubrir los espacios que quedaban entre las cortinas y las paredes con los rollos de papel especial que producía aquel crujido tan indefectiblemente evocativo.

En ocasiones creí haber estado cerca de cumplir sus expectativas. Conseguí que me escucharan e incluso uno de los asistentes, que había infringido el espíritu de la ceremonia y se había escondido un reloj en el bolsillo, debió de llevarse una agradable sorpresa al echar un último vistazo furtivo para ver qué hora era. Y cuando, sin que nadie me viera, tiraba de la cuerda de la campanilla y los criados entraban con sigilo en la sala procedentes de la lejana recámara donde había sonado el aviso apagado y apartaban con inesperada brusquedad las gruesas cortinas, la

débil exclamación de mis oyentes siempre me resultaba algo reconfortante. Al verlos abalanzarse hacia las ventanas, deslumbrados por la intensa luz y acaso genuinamente sorprendidos ante la vista del parterre y el parque que descendían hacia un sector de la llanura, sabía que había inspirado algo parecido a una revelación. Al mismo tiempo, sin embargo, era consciente de que no había conseguido lo que con tanta claridad se describía en la bibliografía que había dado lugar a aquella ceremonia.

Mi defecto era que nunca lograba organizarme el tema —los argumentos, las narrativas y las explicaciones que me tenían hablando durante cuando menos medio día— de tal modo que culminara en una revelación que enfatizara, contrastara, prefigurara o incluso pareciera negar la certeza de la revelación menor que ofrecía el paisaje exterior cuando aparecía de forma repentina bajo una luz inesperada. No podía quejarme de no gozar de las ventajas de otros protegidos asalariados, los dramaturgos, fabricantes de juguetes, tejedores, ilusionistas, conservadores de jardines de interior, músicos, metalistas, cuidadores de pajareras y peceras, poetas, titiriteros, cantantes y rapsodas, diseñadores y modeladores de moda nada práctica, historiadores de las carreras de caballos, payasos, coleccionistas de mándalas y mantras, inventores de juegos de mesa sin final y otros que disponían de mucho más que de simples palabras para lograr el efecto buscado. Yo mismo, durante mis primeros años en la casa, tuve a mi disposición todos los recursos imaginables para preparar y mostrar cualquier película que hubiera creado. Fui yo quien en mis primeras revelaciones decidí presentarme ante los espectadores apenas con una pantalla en blanco a mis espaldas y un proyector vacío que me apuntaba desde un rincón de la sala parcialmente en penumbra, y hablar durante dieciséis horas acerca de paisajes que tan solo yo era capaz de interpretar. En aquellas ocasiones, cuando las cortinas se abrían y revelaban un paisaje sumido en una tarde que mis oyentes no habían siquiera visto nacer, me decía que uno o dos verían en la llanura que se extendía ante ellos un lugar que siempre habían querido explorar. En años posteriores, en cambio, al encontrarme ante mi audiencia menguante, todavía en una sala en semipenumbra pero ya sin una pantalla en blanco que insinuara que los paisajes y las figuras que mis palabras evocaban pronto se verían representados por escenas y personas surgidas de su propio seno, sospechaba que incluso los oyentes más atentos se llevarían como única revelación la aparición una vez más de las llanuras que horas y horas de discurso especulativo por mi parte habían convertido tal vez en un lugar

un poco más prometedor.

Cada año había momentos en que me preguntaba cómo era posible que mis seguidores no me hubieran abandonado por completo. Incluso desde las salas más recónditas de la biblioteca, en la tercera planta del ala nordeste, a veces oía, a través de patios bañados por las sombras del atardecer o, ya de noche, barridos por los murciélagos, el primero y, tras un intervalo predecible casi de forma exacta, el segundo de los clamores desmesurados que marcaban el clímax dual de la revelación brindada por algún protegido que, mediante la compleja intervención de su oficio particular, había logrado sugerir algún detalle de una llanura que, aunque paradójicamente ajena a él, definía más a fondo el paisaje que momentos más tarde se revelaba a través de las pesadas cortinas.

Había tantos protegidos instalados con sus estudios y talleres en las diversas alas reservadas para ellos, o incluso en los pabellones contruidos a la sombra de los árboles de los parques, ubicados entre los prados más distantes y los montes boscosos más próximos, que casi semanalmente oía esas exclamaciones de admiración provocadas por una proclama más sobre la interminable y variopinta temática de la reaparición de las llanuras, aumentadas pero aún reconocibles. Incluso el más entusiasta de los investigadores y benefactores que conformaban aquel público debía resignarse a perderse numerosas actuaciones. Cada año, cuando me llegaba otra vez el turno, esperaba descubrir que todos los residentes de la casa se habían retirado pronto tras un día y una noche agotadores dedicados a beber y observar, que no había llegado ni un solo coche de las fincas vecinas, y que finalmente debía emular a aquellos pocos protegidos de quienes había oído hablar, que cada año abandonaban sus silenciosos aposentos para presentar sus revelaciones ante salas vacías y decantadores intactos. A menudo había imaginado el momento en el que los criados, en una demostración de decoro, descorrían las cortinas para que la presencia de las llanuras llenara la sala silenciosa mientras yo mismo intentaba contemplarlas desde la posición que marcaba el centro ideal de mi público inexistente. Pero cada año descubría que todavía quedaban algunos de los espectadores del año anterior, y que incluso habían acudido otros a escucharme, prefiriéndome tal vez a algún protegido célebre, cuya próxima revelación se discutía ya en la misma mesa que yo presidía en silencio por encima del whisky.

Es posible que el motivo de ese interés persistente por mí no fuera otro que la predilección de los habitantes de las llanuras por lo oculto

en detrimento de lo evidente, aquella debilidad que los llevaba a esperar mucho de los desfavorecidos o los poco conocidos. Aunque yo no hacía preguntas sobre mí mismo, con el tiempo descubrí que había un pequeño grupo que me consideraba un cineasta sumamente prometedor. La primera vez que lo oí, estuve a punto de replicar que lo más probable era que de mis archivos llenos de notas y borradores preliminares nunca llegara a salir imagen alguna de ningún tipo de llanura. Casi había decidido presentarme como poeta, novelista, paisajista, memorialista, escenógrafo o algún otro de los numerosos oficios literarios que prosperaban en las llanuras. No obstante, anunciar un cambio de profesión semejante tal vez me habría costado el apoyo de las pocas personas que seguían valorándome. Pues aunque los habitantes de las llanuras tendían a considerar la escritura como el más digno de los oficios y uno de los que más posibilidades tenían de dar respuesta a los miles de incertidumbres que flotaban sobre casi cada kilómetro de las llanuras, pretender para mí aunque solo fuera una pequeña parte del respeto del que gozaban los escritores seguramente me habría llevado a perder el favor incluso de quienes compartían dicha visión de la prosa y el verso. Porque mis más sinceros admiradores eran conscientes tanto del escaso interés que los habitantes de las llanuras sentían por las películas como de la tan repetida aseveración según la cual una cámara no hacía más que multiplicar las características menos significativas de las llanuras: su color y su forma aparentes. Estos seguidores míos compartían casi con toda certeza esa desconfianza hacia los usos de las películas, pues nunca me sugirieron que un día tal vez sería capaz de concebir escenas que nadie habría podido predecir. Lo que alababan era mi aparente renuencia a trabajar con una cámara o un proyector, y los años que había pasado escribiendo y reescribiendo unas notas que debían presentar unas imágenes todavía inéditas a un público hipotético. Algunas de esas personas aseguraban incluso que, en la medida en que mis investigaciones me alejaban de mi teórico objetivo y cuanto más distaran mis notas de traducirse en una película real, mayor sería mi mérito en tanto que explorador de un paisaje particular. Que ese argumento me encasillara como escritor y no como cineasta no parecía importar a mis leales seguidores, cuyo rechazo del cine justificaba precisamente su convicción de que yo me dedicaba a la forma de escritura especializada más exigente y digna de elogio: aquella que se acercaba a definir lo que de indefinible tenían las llanuras mediante una tarea totalmente distinta. A aquellos hombres les convenía mucho más que yo continuara presentándome como cineasta y

que en ocasiones apareciera en mi revelación anual con una pantalla en blanco a mis espaldas y me refiriera a las imágenes que un día podía mostrarles. Pues dichos hombres estaban convencidos de que cuanto más me esforzara en representar un paisaje característico —una luz y unas superficies dispuestas de tal modo que sugirieran un momento preciso en alguna llanura por mí conocida—, más me perdería en los múltiples vericuetos de unas palabras tras las que no había ninguna llanura concreta.

Es posible que, durante los años en que mi tarea se vio interrumpida más a menudo por la afición de mi patrono por las escenas, un puñado de esos seguidores se refirieran con toda la intención al cineasta olvidado que preparaba su gran obra recluido en la biblioteca. Esos habrían sido los menos propensos, en una escena, a dejarse engañar al verme enfocando algún paisaje cotidiano con la cámara vacía. De vez en cuando se sentían obligados a hacer algún comentario acerca de la irrelevancia de elementos tales como las lentes o las ondas luminosas en la creación de mis imágenes, que nunca nadie había visto aún, pero por lo general pasaban inadvertidos y se unían a la diversión general de ver, posando como alguien ansioso por documentar el efecto que producía la luz en un momento concreto de una tarde cualquiera, a aquel hombre que aguardaba el paso de las estaciones sentado detrás de unas cortinas cerradas en una de las salas menos concurridas de una silenciosa biblioteca.

Casi nunca me preguntaba qué opinión sobre mí debía de predominar entre quienes observaban y sonreían mientras yo cogía con gesto cohibido una cámara anticuada y enfocaba obedientemente un fragmento de paisaje desierto. Me preocupaba mucho más lo que pudieran pensar quienes un día examinaran las copias imperfectas de la confusa colección de mi patrono y me vieran como aquel hombre que observaba con los ojos fijos algo que le importaba. Incluso los pocos que hubieran oído o leído algo acerca de mis intentos por descubrir un paisaje apropiado, incluso esos debían de sospechar que a veces no miraba más allá de lo que me rodeaba. Posteriormente nadie podría señalar una sola característica del lugar que yo observaba. Seguía tratándose de un punto situado fuera de plano, en una escena preparada por alguien que tampoco se mostraba. Sin embargo, cualquiera podría concluir que yo comprendía el significado de lo que veía.

Por ello, en aquellas tardes cada vez más oscuras, en aquellas escenas cuyo decorado parecía más a menudo señalado que observado, cuando la cámara que sostenía en la mano me traía a la mente a una

joven que años más tarde tal vez intuiría en mí a un hombre que veía más allá que los demás, siempre terminaba pidiéndole a mi patrono que captara el momento en que me llevaba mi propia cámara a la cara y, con el ojo pegado al visor y el dedo sobre el disparador, me disponía a exponer la película de la cámara oscura a aquella oscuridad que era el único signo visible de lo que fuera que veía más allá de mí mismo.

Metadatos

TRADUCCIÓN de Carles Andreu

editorial ® minúscula

Título original: The Plains

© 1982 by Gerald Murnane

First published by The Text Publishing Co. Australia, 2000

© de la traducción: 2015 Carles Andreu

Revisión: Marta Hernández

© 2015 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-941457-9-7

Depósito legal: B-4.452-2015